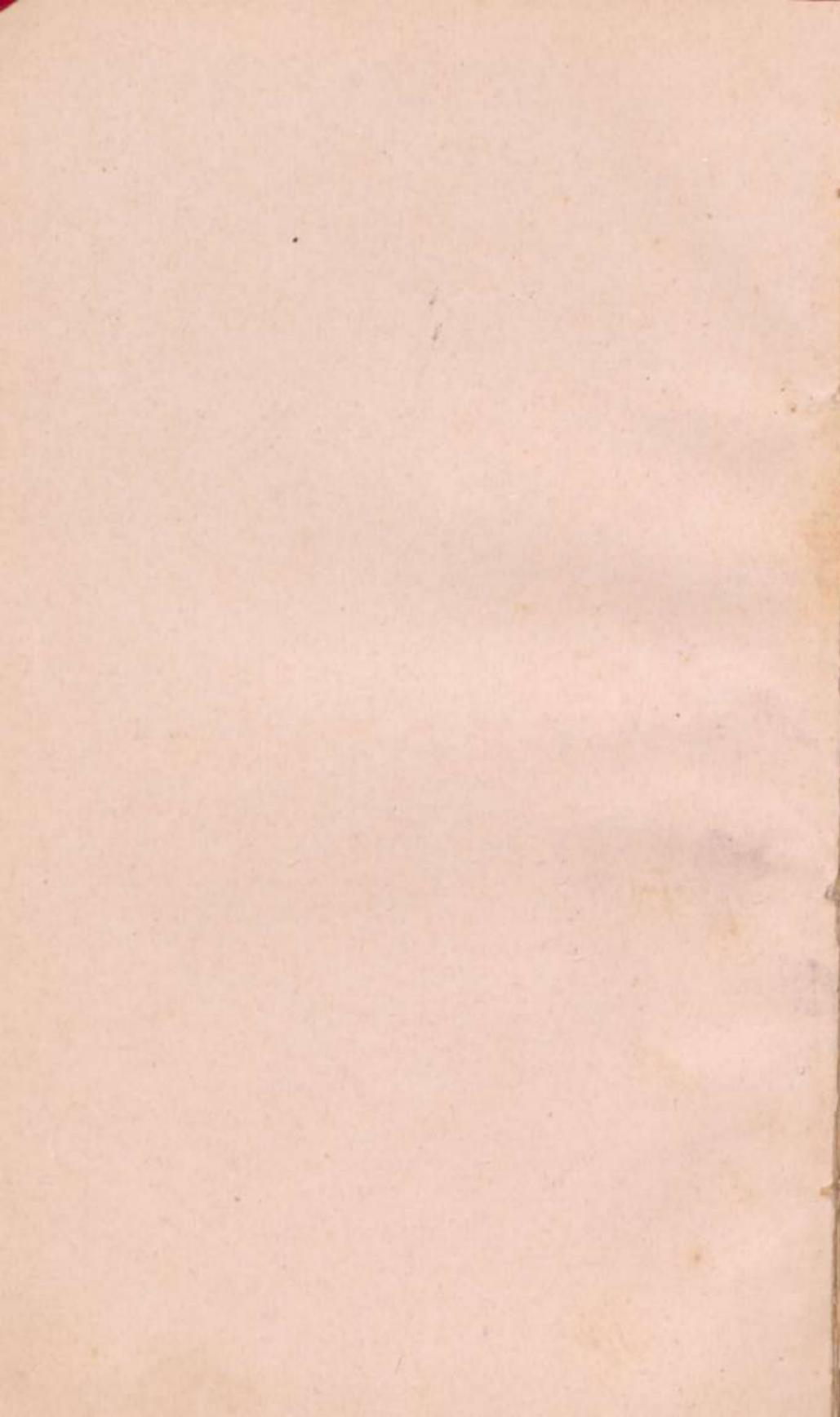




ANT

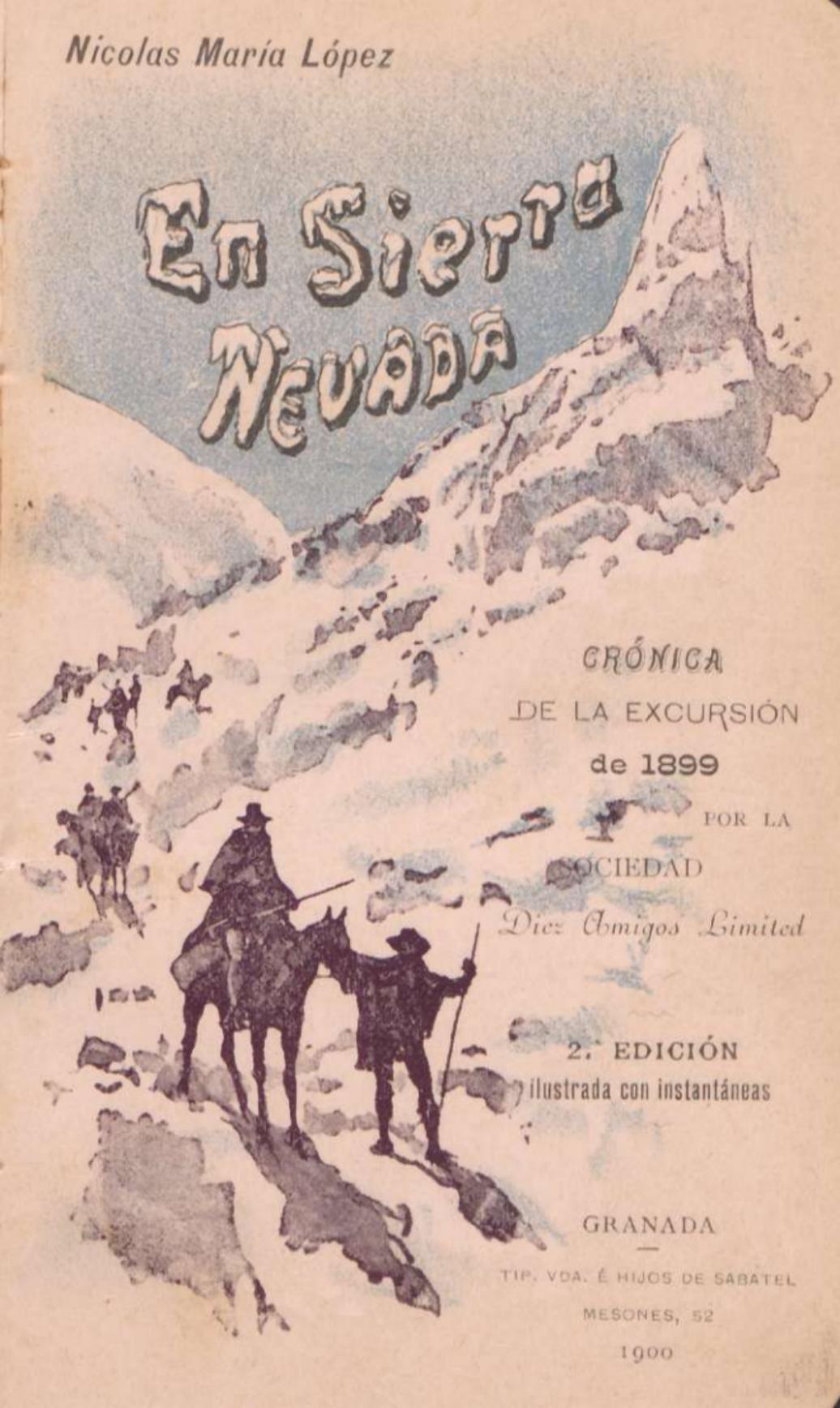
XIX

2618/2



Nicolas María López

En Sierra Neuadã

A watercolor illustration of a mountainous landscape. In the foreground, a caravan is moving across a snowy slope. A man on a dark horse leads the group, followed by a pack animal (mule or donkey) carrying supplies. Further up the slope, several other figures on horseback and mules are visible, receding into the distance. The background features a large, rugged mountain peak with patches of snow and rocky outcrops. The sky is a pale, hazy blue.

CRÓNICA
DE LA EXCURSIÓN
de 1899

FOR LA
SOCIEDAD

Diez Amigos Limited

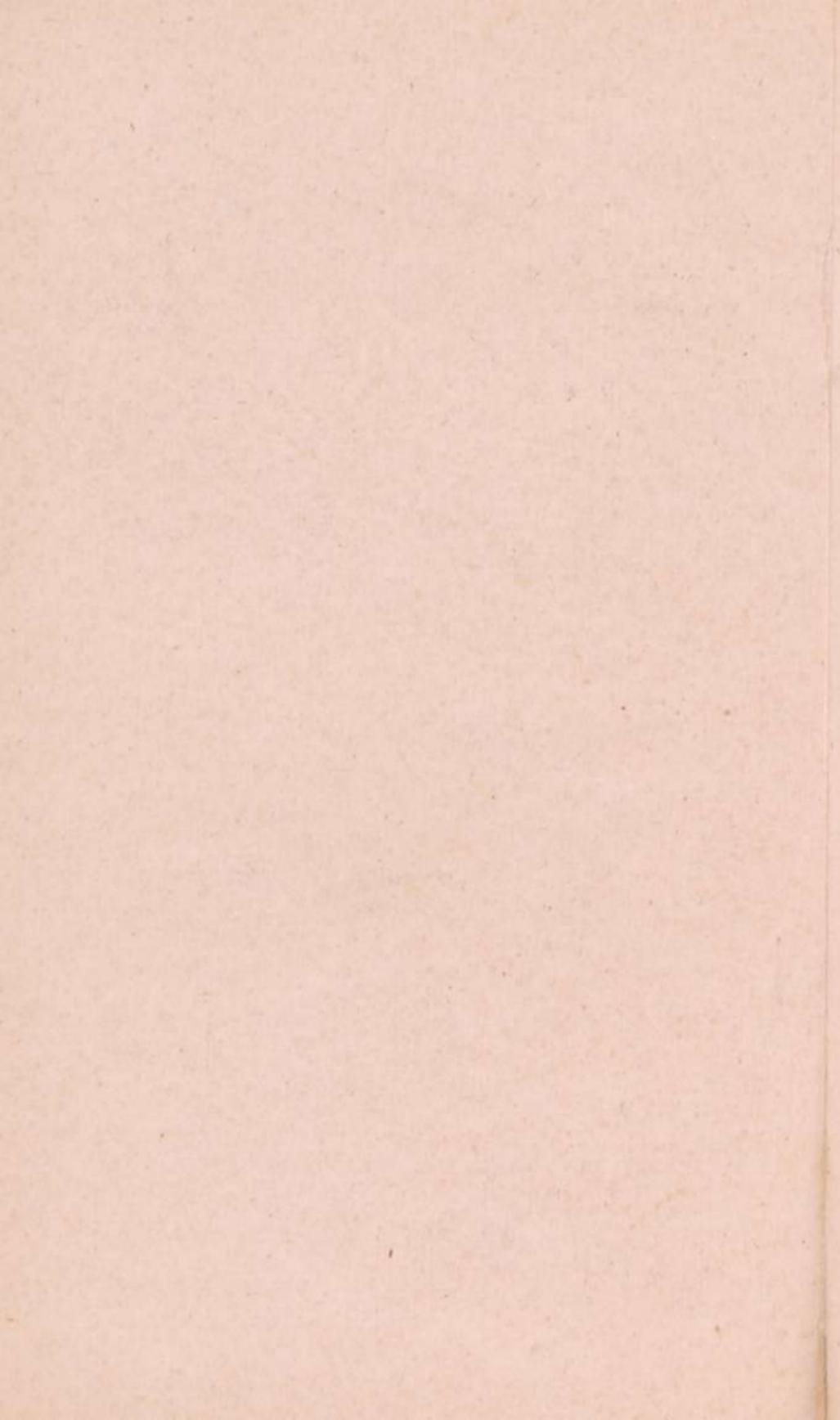
2.^a EDICIÓN
ilustrada con instantáneas

GRANADA

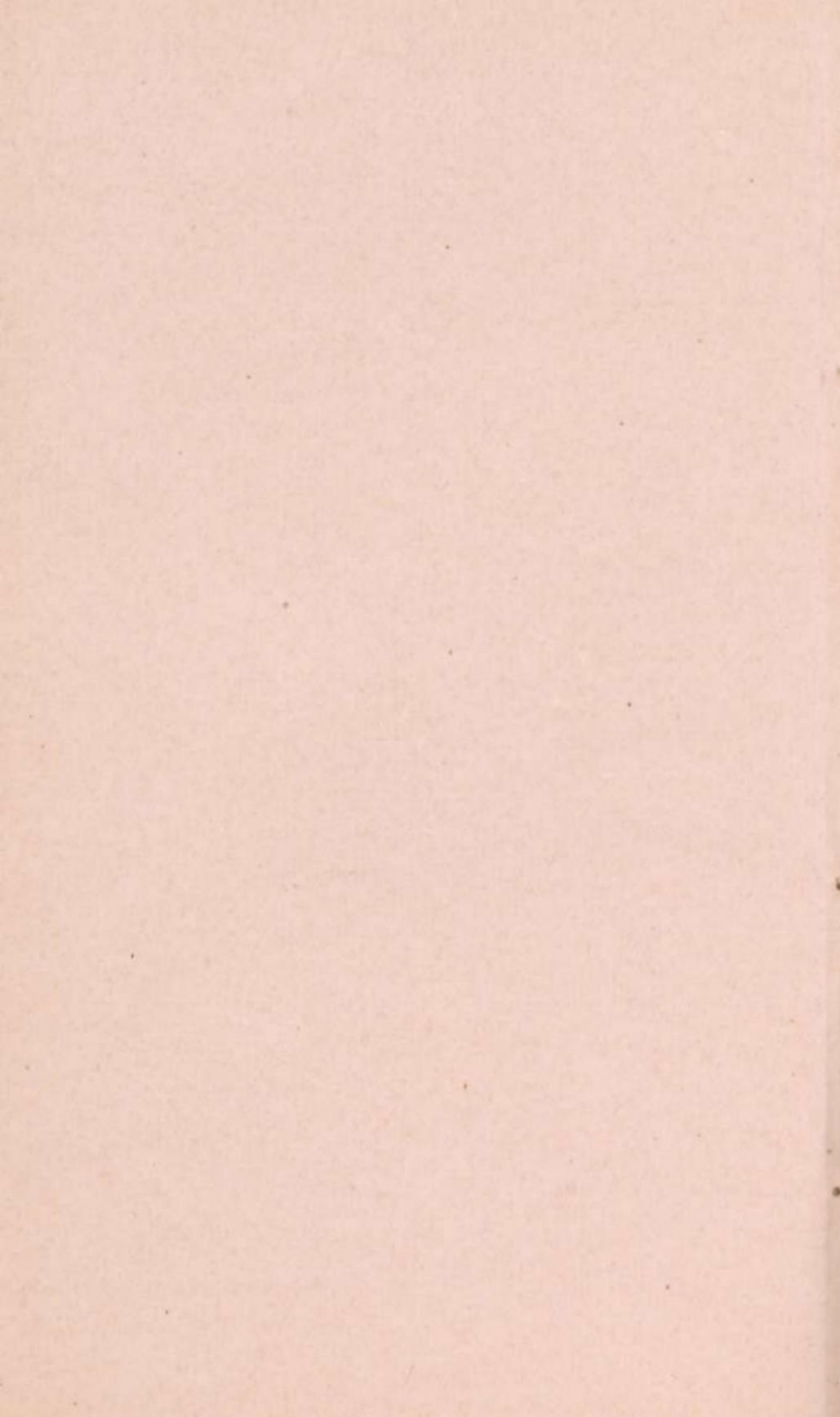
TIP. VDA. É HIJOS DE SABATEL

MESONES, 52

1900



EN SIERRA NEVADA



12. 221040

NICOLÁS MARÍA LÓPEZ

EN SIERRA NEVADA

CRÓNICA

~~~~~  
2.ª Edición, con fotografados  
~~~~~

GRANADA

Tip. Lit. Vda. é Hijos de Sabatel

Mesones, núm. 52

1900

A la Sociedad ex-
cursionista á Sierra
Nevada «Diez amigos,
limited», recuerda de
su afmo.

N. M.^a López

SEÑORES

que hicieron la excursión á que se refiere
esta crónica

D. Alberto Álvarez Cienfuegos, Catedrático del Instituto y Presidente de la Sociedad *Diez amigos, limited*.

D. Paulino V. Traveset, Impresor y Secretario de la Sociedad.

D. Gregorio F. Fernández Osuna, Catedrático de la Facultad de Medicina.

D. Fermín Garrido Quintana, Director de trabajos anatómicos de la Facultad de Medicina.

D. Eduardo Cobos Maza, Profesor de la Escuela Normal.

D. Antonio Álvarez Cienfuegos, estudiante de Medicina.

D. José Sánchez Pérez de Andrade, Abogado.

D. José Sánchez Gerona, Artista.

D. Nicolás M.^a López, Bibliotecario de la Universidad.

AUNQUE Granada siga figurando en los catálogos literarios con el nombre de ciudad de la Alhambra, no es sólo la melancolía de su pasado morisco, ni la extraña sugestión de sus grandezas muertas, lo que en ella subyuga y la hace patria de poesía y rincón de seductores ensueños. Es la sublime grandiosidad de su Sierra Nevada, que tiene enfrente como inmenso telón de boca; es el poema de la nieve, que corona perpetuamente aquellas cumbres, y del sol, que guarda para élla sus más apasiona-

das caricias; son los altísimos picos, como islas blancas en el cielo azul, y el encanto de los valles perfumados; los violentos contrastes, la variedad inagotable de sus paisajes, la soberana belleza de sus crepúsculos incomparables, cuando el sol muere entre abismos de fuego y crespones cárdenos, lanzando, como amante insaciable, sus últimos besos á la nevada sierra, que se ruboriza de escarlata.

Algunos extranjeros vienen todos los años á hacer una excursión al Mulhacem y al Veleta. Españoles no parece ninguno. Si algún aficionado hay por ahí, se va á los Pirineos, que cogen más al paso y son más accesibles.

Sin embargo, Sierra Nevada ofrece todas las emociones que puede apetecer el excursionista y todos los encantos de la Naturaleza. Barrancos dantescos y vallecillos rientes, en cuyo blando césped cosquillean los arroyos; helados ventisqueros, en los que repercute todavía

el eco de la creación; trágicas lagunas, de aguas verdes y ondas de plata; glaciares enormes de nieve petrificada; torrentes misteriosos; desfiladeros umbríos; lejanías que se dilatan cada vez más en ondulaciones interminables, como si la tierra se agitara estremecida por furioso oleaje; caricias constantes de la nieve y el sol, fundiéndose en corrientes cristalinas, que, al derramarse de los altos tajos, van salpicando las florecillas solitarias...

El Veleta, visto desde la vertiente meridional, tiene la forma de un ataúd, ataúd blanco, de virgen, que avanza en el espacio; el Mulhacem semeja el lomo inmenso de un caballo que se encabrita ante el abismo; y la Alcazaba lleva bien su nombre, y lo parece, con sus almenas y sus torreones inaccesibles.

Sierra Nevada es casi desconocida. Guarda en secreto sus tesoros artísticos y sus tesoros materiales. Sólo sirve, desde lejos, como elemento decorativo.

La luz de los paseos de Granada se esclarece con sus reflejos blancos; próngase el atardecer en vívida gama de colores; y cuando surgen las sombras del fondo de la vega, parece que la ciudad entristecida, se recoge, con escalofríos de emoción, á recordar su pasado de sultana y esperar, con el nuevo día, los desposorios del sol y la nieve, que son ya sus únicas grandezas...



EN SIERRA NEVADA

CRÓNICA

I

TERRORÍFICAS y espeluznantes noticias corrieron por Granada acerca de la expedición á la Sierra, verificada por la Sociedad excursionista *Diez amigos, limited*.

Nunca una visita á las altas cumbres del planeta (y Sierra Nevada ocupa un dignísimo lugar en el escalafón de las altitudes, como que es la segunda en categoría, en Europa) ofrece las comodidades de esos viajes que llaman *de recreo*, porque en ellos se

puede dormir arrellenado en el trepidante Sleeping-Carr, ó ir sentado, en inmóvil y elegante *pose*, sobre los mullidos del vagón, al mismo tiempo que desfila el paisaje con una velocidad de cincuenta kilómetros por hora; lo cual es como si nos propusiéramos contemplar las bellezas de un cuadro girando velozmente sobre los talones.

Los amantes de la comodidad no conciben el sport excursionista, ni ningún otro que exija esfuerzo, valor ó agilidad; prefieren, pasar de la cama al coche, del coche al vagón, del vagón á la mesa del hotel, y luego *vuelta á empezar*, como decía Campoamor pintando la *rueda de la existencia*.

Para estos amadores del *statu quo*, estoicos de la fisiología, sedentarios é inmóviles como parásitos, los órganos de locomoción sólo debieran servir para mantenernos de pie en los breves momentos en que es indispensable la posición vertical; y estiman

como el colmo de la locura el subir pendientes abruptas, salvar abismos, atravesar torrentes, descender á los valles, escalar las cimas, y deslizarse por los glaciares; empresas estas que producen un extraño y sorprendente placer, debido quizás al instintivo deseo del hombre de extender su personalidad, y hallarse presente en todas las obras de la creación; instinto á que responde nuestro deseo de volar, de elevarnos cuando contemplamos una pirámide ó de extendernos cuando nos hallamos ante un plano. Y en verdad, que, puesto sobre los vasares del Veleto ó en las cornisas del Mulhacem, nada tiene el hombre que envidiar á las águilas, que pasan por debajo, como humildes vencejos.

—¿Pero qué sacan ustedes con pasar tan malos ratos por esas alturas?
—nos decía una persona ingénuo.

Realmente, como sacar no se saca nada, más que el dinero que cuesta la

expedición, que no suele ser escaso, porque para ir á la Sierra no hay billetes de ida y vuelta á precios reducidos.

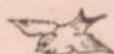
Dejemos en paz á los enemigos del automóvil humano, y hasta que por mal de sus pecados se aficionen al automóvil de bencina, en el que pueden estrellarse cómodamente sentados, y pasemos á referir las peripecias de la última expedición á la Sierra; no sin hacer constar que las incomodidades y peligros que éstas ofrecen son ámpliamente compensados con exquisitos goces estéticos, con una sana renovación de la sangre, y con el excelente estado de ánimo que proporciona el alejarse durante unos pocos días de las *molestias del trato humano*, como se titula una curiosa obra de un Sr. Olóriz, no nuestro paisano el médico, sino un excelente escritor clásico del siglo XVII.

Aquí estamos en mantillas en esto

de excursiones, como en todo; y bueno será recordar que en las naciones más cultas de Europa el alpinismo tiene un extraordinario desarrollo; que existen á centenares los clubs y sociedades excursionistas en las principales ciudades de Suíza, Italia, Alemania y Francia; que son casi innumerables los periódicos y revistas que se dedican á la propaganda de este saludable y hermoso sport ó ejercicio, como se diría en castellano; y que es un interesante estudio el de los fenómenos de la vida en las altas montañas. En las cuales se respira el aire enrarecido y libre; se comprende la pequeñez del hombre; y, con la contemplación de los grandes espectáculos de la naturaleza virgen, los espíritus cultos comprenden, mejor que con otra clase de argumentos, la necesidad y la grandeza de Dios.

Y si es molesto y aventurado el escalar las altas cumbres, considere el

desocupado lector cuántos y cuán malos ratos no pasan los cazadores de la perdiz con reclamo, soportando los rigores del frío en las crudas mañanas del invierno; la suma de paciencia que emplean los pescadores de caña, de mar y río; lo que sudan los pelotaris; lo que trabajan los ciclistas; y en fin, los muchos esfuerzos que se gastan en tanta clase de sports, más ó menos racionales, en los que el hombre demuestra la superabundancia de su fuerza; la cual, no teniendo bastante con los trabajos ordinarios de la vida, se desparrama por tan variada clase de entretenimientos; de los que sin duda, es de los mejores el entonar un *sursum corda*, poniendo los pies y el corazón allí donde más cerca se está del cielo.



A la una de la madrugada del treinta de Julio de este año, el patio de la casa de D. Alberto Álvarez de Cienfuegos, Presidente de la Sociedad excursionista *Diez amigos, limited*, ofrecía un pintoresco y animado aspecto.

Bultos de ropa, cajones con viandas, maletas, colchones, rifles y armas de varias clases, cántaras y vasijas de diferentes formas, y la más diversa colección de utensilios, aparecían por allí desparramados. La impresión alarman-

te de los aparatos belicosos era neutralizada con el apacible aspecto de las mantas y colchones; y la abundante provisión de municiones de boca mitigaba el temor de las fatigas en que hacían pensar los impermeables, capotes y pasamontañas.

Esto de preparar las prendas de abrigo en los días más sofocantes de la canícula, tiene ya algo de paradójico placer que alienta á subir al Picacho. Toda la tarde la había pasado yo sudando la gota gorda, al mismo tiempo que colocaba en la maleta camisetitas de lana y de algodón, pañuelos para el cuello, y la pesada capa, que por lo importuna hacía reír, á pesar de ser de paño, como los chistes de las comedias al uso.

No hay despedida que parezca corta, pero las de los expedicionarios á la Sierra son interminables. Como que no tienen mayoral que grite *¡Al coche!* ni jefe de tren que toque el silbato.

Más de dos horas duró la operación de la carga en las dieciocho arrogantes acémilas que nos habían de transportar con toda la impedimenta.

Momentos antes de partir ocurrió el primer incidente, de funesto augurio, si nos hubiéramos fijado en el origen del mismo, que fué de aves de corral; las cuales, como es sabido, servían entre los romanos para anunciar los más funestos presagios, existiendo una clase especial de sacerdotes, llamados augures y arúspices, encargados de examinar el canto y vuelo de las aves; y hasta de un ilustre general romano se cuenta que se amilanó en vísperas de una gran batalla, por haber oído á deshora el canto de un gallo ó gallina.

Figúrense ustedes si tendríamos nosotros razón para temer algo adverso, cuando, no una, sino quince ó veinte gallinas empezaron á gritar de la manera más desconsiderada y angustiosa que pueda imaginarse. Fué

el caso, que yendo cargadas á lomos de un desapacible mulo, éste, por razón de los picotazos ó del rumor que produjeran aquéllos *cuerpos extraños* que encima le habían puesto, espantóse de tal modo que, dando terribles saltos y pares de coces, arrojó toda la carga y las gallináceas al suelo, y emprendió una peligrosa huída. Al ruido que se produjo acudieron todos los borrachos de la Plaza Nueva y demás tabernas comarcanas, los cuales, oyendo los quejidos de las mal paradas aves, que yacían en el suelo bajo un cúmulo de ropas y banastas, creyeron que había ocurrido una desgracia, y uno de ellos decía con compungido acento: *¡Pobre señora, que se ha matado!*

El mulo indómito fué detenido en el puesto de Ricardo, y todo se arregló colocando las gallinas en una burra, único animal en cuya serenidad y buen juicio podía confiarse.

Después de sendos estrechones de manos de la familia y amigos, partimos al fin, yendo á recoger dos pellejos de vino, que se hallaban detenidos en el fielato de Genil, por indocumentados.

Surgió enseguida otro incidente, bastante más grave, que estuvo á punto de dar al traste con la expedición. Dos de los arrieros que se habían comprometido á transportar el *domicilio social*, negáronse á ello á última hora, alegando lo pesado de la carga. Hubo protestas, cabildeos y fórmulas de arreglo, que resultaban al cabo infructuosas, hasta que á las tres de la mañana se convino en que se quedara el guía Rafael, con el encargo de buscar nuevos arrieros y nuevos mulos, que sustituyeran á los dimisionarios. Y ya, sin más contratiempos, tomamos la *áspera senda* de los Neveros, que parte casi desde el ventorrillo de la Pulga, por encima del camino de Huétor.

La noche estaba fresca; la luna,

aunque también dimisionaria (cuarto menguante) prestaba excelentes servicios; de un mulo á otro, es decir, de los que sobre ellos caminaban, partían frases de aliento y entusiasmo, algo entibiado con la pesada escena de los muleros; en la azulada penumbra de la noche iban destacándose redondas lomas y profundos barrancos, de los que subía un airecillo frío y perfumado; se oían á lo lejos, entre las sombras, los imponentes ladridos de algún perro de ganado; bajábamos rampas, sumergiéndonos en espacios oscuros, y luego volvíamos á subir, dibujando nuestras siluetas en el fondo tenuísimo del cielo; á nuestras espaldas quedaba la ciudad dormida, alejándose cada vez más; los focos eléctricos de los paseos parpadeaban todavía, como estrellas matutinas, y la bóveda celeste, iba tiñéndose impalpablemente de sutilísima luz crepuscular...

Momentos después amanecía, y á poco cruzábamos á pie los imponentes *Tajos del Contadero*, por entre aquellas quebradas rojizas, y aquellas delez-



Los excursionistas por la Fuente de los Castaños

nables cortaduras, que parecían estre-
mecerse y henchir sus profundos senos
para recibir la alegre y arrulladora
caricia de la mañana.

III

EMPEZARON con el calor del sol las primeras molestias, y por acuerdo unánime detúvose la caravana (que iba ascendiendo sin dificultad y con bastante rapidez) á fin de tomar un ligero desayuno, y poner remedio á la *inclemencia* del sol. Al cual, entre paréntesis, como á los soberanos, y aun á la misma Divinidad, suelen los míseros mortales acusar de inclemente porque los contraría y destruye, en determinadas circunstancias, sin pen-

sar que así lo exige el orden de la justicia, que pide que al bien común se sacrifiquen los bienes particulares y egoistas. No es la filosofía lo más á propósito para infundir la resignación en los que sufren; ni mucho menos podíamos nosotros, por una consideración de orden universal, dejar que los rayos violeta de la luz solar nos achicharraran el rostro, formando en él eritemas y ampollas molestísimas; así es que, sin perjuicio de reconocer que el sol es manantial de vida y de salud, y que es muy justo que queme, determinamos ponernos á cubierto de los susodichos rayos violeta, que por lo visto son los destinados á hacer la barba á los sensibles habitantes de las ciudades.

El procedimiento es sencillísimo, y ha sido dado á conocer por el célebre médico y fisiólogo italiano Mosso, que ha proporcionado con ello un gran bien á los alpinistas, venciendo uno

de los contratiempos mayores de las grandes alturas. Consiste en extender en la epidermis, expuesta á la acción de la luz, una ligera capa de negro vegetal; de modo que, sin más que un corcho quemado, á guisa de pincel, quedamos todos los expedicionarios, en menos de diez minutos, convertidos en Otelos, Neluskos y Maceos, y la expedición, con los rifles y escopetas y los grandes sombreros de paja, tomó desde este instante el aspecto de una partida de mambises.

El almuerzo fué también propio de mambises: sentados sobre el blando cespéd, á la sombra azulada de la *Piedra de los Hornachos*, junto á la *Fuente del Dornajo*, que por allí extiende su corriente fresca y cristalina. El *menú*, que el bondadoso cocinero Antonio, segundo de á bordo en la acreditada cocina del Sacro-Monte, nos dió á conocer anticipadamente, para regocijo de los estómagos, en los que

los fríos aguadillos de los manantiales habían despertado el vigoroso apetito que por antonomasia se llama serrano, fué, no ya excelente, sino excelentísimo.

Divisábase desde aquella altura toda la cuenca del Genil; lomas grises, peñascos que se erguían atrevidos entre las cortaduras, y allá, sobre nuestras cabezas, magnífico y macizo, como un inmenso turbante, el *Dornajo*, que es uno de los montes más abruptos y elegantes de la Sierra.

Nos encontrábamos, casi sin habernos dado cuenta, en medio de aquella. Los arbustos espinosos y las pequeñas plantas que crecían entre las piedras saturaban el ambiente de perfumes ardorosos y penetrantes; oleadas de aire libre circulaban por todas partes; el torrente de oxígeno que entraba en los pulmones producía en la sangre estremecimientos de vida renovada; brillaban los ojos, y el número de as-

piraciones y pulsaciones aumentaba de un modo extraordinario; por toda la red arterial parecía que iba un regimiento tocando á diana; y se sentía, en fin, una inquietud extraña, una ansiedad deliciosa, un cambio de sensaciones, que hacía que el alma misma se estremeciera, con atrevidos y nuevos impulsos, en cuyo fondo quedaban los recuerdos, como un delicado sedimento de amarguras, como la niebla opalina que dejábamos atrás, en el fondo de los valles.

Sin necesidad de levantar los manteles, porque no los había, y dejando de contemplar con pena aquel hermoso paisaje, en cuyo fondo serpeaba el Genil, regando, en lo más lejano, los frescos maizales de Güéjar, emprendimos de nuevo la ascensión.

A las dos de la tarde encontrábamos el primer ventisquero en el barranco llamado del *Cauchil*. Las caballerías resoplaban de gusto y los perros se

revolcaban en la nieve, locos de alegría. Todos nos bajamos impulsados por el deseo de tocar la nieve, que se extendía suave y ondulada, como un



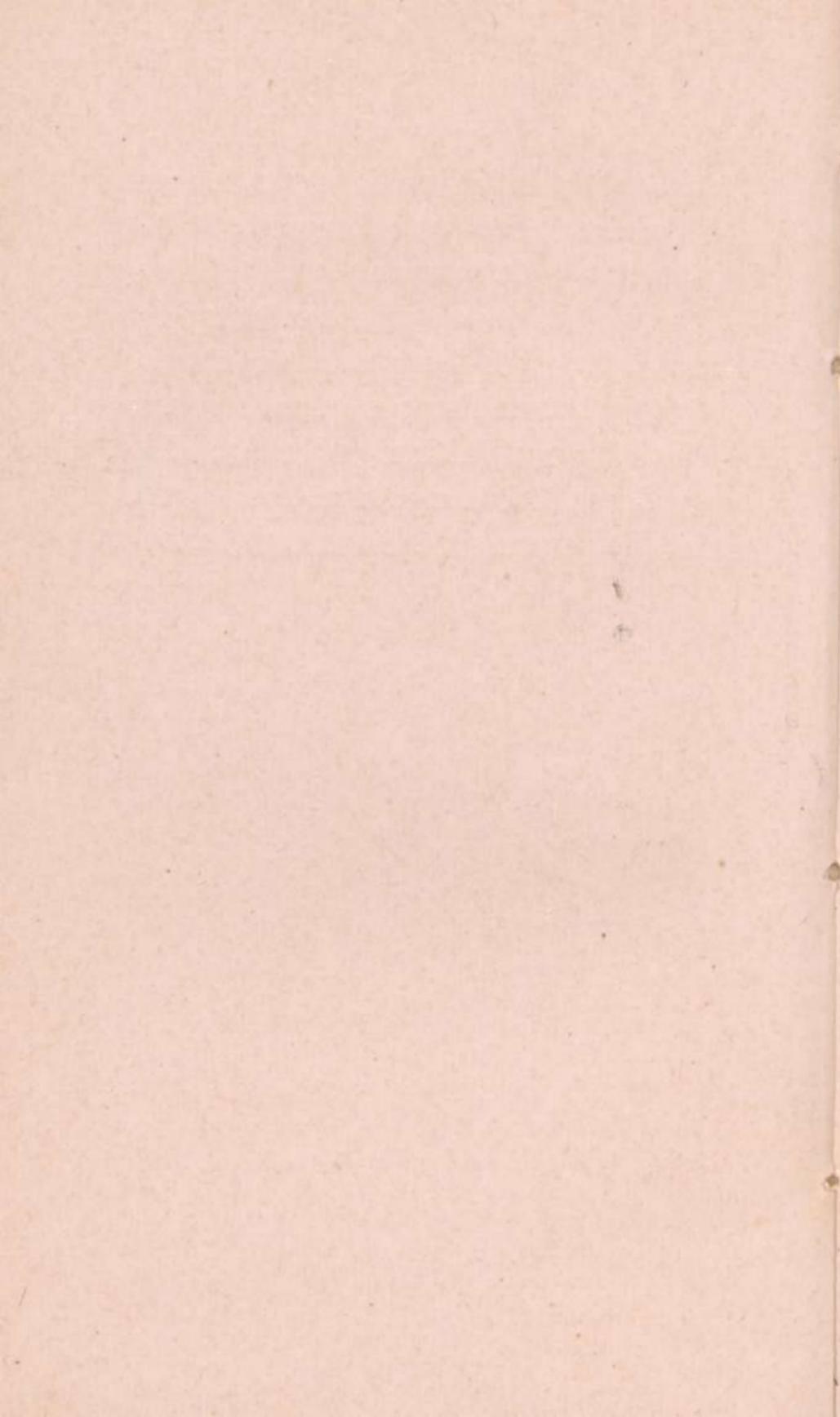
Fuente de los Dornajos. Después del almuerzo

chal gigantesco, olvidado en medio de aquel terreno pedregoso.

Al cruzar este ventisquero, rodó

uno de los mulos, contribuyendo esto á que se retrasaran algunos expedicionarios, y la caravana quedara disgregada en dos ó tres secciones; lo cual fué causa de que la espantosa tormenta que descargó poco después nos hallara divididos, y pudiera dispersarnos del lamentable modo que sucedió, como verá el curioso lector.





IV

DESDE el medio día habíamos notado grandes cúmulos de nubes, que por distintos lados del horizonte ascendían y cambiaban de forma rápidamente.

No dimos, sin embargo, importancia al caso, y algunos íbamos tan distraídos y cansados de la larga caminata, que no nos enteramos de la proximidad de la tormenta, hasta que estalló el primer formidable trueno, que crujió como un infernal látigo, y

pareció estremecer hasta los cimientos de la Sierra.

Bien quisiera yo tener ahora *siquiera* la pluma de un Virgilio ó de un Dante, para pintar con toda su grandeza y sublimidad el espectáculo de una tempestad en la Sierra, á más de tres mil metros de altura.

La luz de los relámpagos cegaba, y los truenos semejaban tremendos cañonazos, que se multiplicaban en horrisonos ecos; los picos de la Sierra, en vez de destacarse sobre el fondo azul del cielo, se extendían sobre cortinas negras y tupidas, que disminuían las distancias, y parecían terroríficas bambalinas de un teatro del infierno; escaseaba la luz, hasta el punto de parecer de noche, y si entraba alguna claridad por los intersticios de las nubes, era como esa claridad siniestra y absurda que entra por las claraboyas de los calabozos, y que en vez de alegría produce temor, porque hace más

violento el contraste de la obscuridad.

Al unísono de los pavorosos truenos, caía una violenta granizada, que, á impulsos de un aire calentón, nos azotaba con furia, y llenaba el espacio de rayas oblicuas y blanquecinas.

Lo peor no era este aparato, sino el peligro efectivo en que nos hallábamos, estando al descubierto á tan considerable altura (cerca ya de la *Fuente del Tesoro*, á unos 2,800 metros sobre el nivel del mar) rodeados de nubes que descendían por los límites de nuestro horizonte, envolviéndonos en su mismo seno, y sometiéndonos, por consiguiente, á la posibilidad de una descarga eléctrica. Los rayos caían, en efecto, con *profusión*, á derecha é izquierda, sin que pudiéramos apreciar la distancia, aunque el temor nos hacía creer que ésta era demasiado corta.

Pepe Gerona, que estaba á mi lado, y yo nos tendimos en el suelo, envuel-

tos en cobertores de lana; no sólo por instinto y por saber que esta materia es mala conductora de la electricidad, sino para defendernos de los granizos, que eran del tamaño de avellanas y nos causaban verdadero daño. Así, viendo al nivel del suelo el cielo, obscurecido y próximo, como si me hallara en una altísima azotea, me entretenía en contemplar la intensa verdura y maravillosa perfección de unos helechos que tenía debajo, sirviéndome de almohada, mientras me hallaba en un estado de ánimo extraño, pues ora me asaltaba la risa, al recordar la disolución y desagradable sorpresa de nuestra comitiva, ora pensaba en la conveniencia de encomendarme á Dios.

De vez en cuando Gerona y yo levantábamos la cabeza; y cuando pasó algo el fragor de la granizada, nos pusimos de pie, y empezamos á hacernos cargo de nuestra situación. Sólo

se hallaban cerca de nosotros cinco caballerías y dos arrieros; el resto de la expedición había desaparecido. Ni hacia adelante ni hacia atrás, en todo lo que alcanzaba la vista, se divisaba el menor rastro de nuestros compañeros. Parecía que se los había tragado la tierra. Enviamos á los dos arrieros, en distintas direcciones, á que dieran voces y buscaran á los desaparecidos, y los dos regresaron sin haber encontrado á nadie. Por la actitud de los arrieros comprendimos que éstos estaban más asustados que nosotros, y poco inclinados á secundar ninguna disposición nuestra que los alejara de sus adoradas caballerías. Uno alegaba que tenía un pie malo, y el otro que no sabía *andar solo por la Sierra*.

Ni ellos ni nosotros tampoco sabíamos la dirección que debíamos seguir para llegar al término de nuestra jornada, ni existía vereda ni huella alguna que pudiera encaminarnos.

Estábamos, pues, extraviados, y teníamos que elegir entre emprender el camino al azar, hasta que nos sorprendiera la noche ya cercana (quedaban dos horas próximamente de día) ó permanecer allí, hasta que Dios fuera servido de enviarnos algún auxilio. El temor al frío de la noche, que es el más verdadero y positivo peligro de la Sierra en aquella altura, no nos asaltaba, pues precisamente las caballerías que teníamos al lado eran las que conducían el equipaje de toda la expedición; pero sí nos hacía poquísima gracia pasar la noche en aquella soledad, sufriendo la lluvia que había sucedido á la granizada, y que no cesaba un momento. Al fin, después de un ligero debate, optamos por quedarnos, y cuando en este ser y estado nos hallábamos, viendo que la noche se nos venía encima, sintiendo ya los primeros espeluznos de frío, y dispuestos á seguir sufriendo con estoica resigna-

ción las molestias de la implacable lluvia, y el poco grato acompañamiento de truenos y relámpagos, fué cuando, en aquel fondo sombrío y



Peñón de San Francisco

amenazador, por los negros picos de nuestra izquierda, se nos apareció el *Diablillo*, interesante personaje que nos sacó de tan apurado trance.

Mas la sugestiva historia del *Diabliillo*, así como la *noche triste* que pasamos en la *Laguna de las Yeguas*, fin de nuestra accidentada jornada de aquel día; bien merecen párrafo aparte.



Si en medio de las negruras de tan deshecha tormenta, entre el zigzag amenazante de los rayos, que describían en el aire siniestras rayas de fuego, y el retumbar del trueno, prolongado por los ecos en los solitarios y profundos senos de la Sierra, hubiéramos sabido que aquel extraño personaje, que como una sombra vimos acercarse á nosotros, era ó se llamaba el *Diablillo*, nada hubiera faltado para infundir pavura en nuestro ánimo, y

dar á aquella escena, verdaderamente fantástica, las proporciones de algo macabro y extraordinario.

Pero en aquel momento sólo vimos



Alturas donde fueron los excursionistas sorprendidos por la tormenta

en el aparecido un tipo vulgar, de figura desmedrada y raquítica, bajo de cuerpo, amarillo de cara, de ojos pe-

queños y vivos, y de sonrisa entre picarezca é infeliz. Su andar por los riscos de la Sierra, tenía, ó tiene mejor dicho, las sinuosidades de una sabandija, debido al defecto de ser cojo, lo que no le impide, sin embargo, ser ligero y ágil como una cabra montesa.

Por lo extraño é inusitado de su aparición en tal sitio y á aquella hora, lo recibimos con cierto recelo; pero en seguida nos inspiró la más completa confianza, y por él supimos que cerca de la *Laguna de las Yeguas*, de la que nos separaba como una hora de camino, había visto á otros *dos señoritos*, que iban hechos una sopa. Digámosle si tenía inconveniente en guiarnos allá, y como contestara que lo haría con mucho gusto, emprendimos inmediatamente la marcha.

Mientras el lector se imagina lo difícil y peligroso que sería caminar por aquellas asperezas, cubiertas de granizo, permitirá que acabe de presen-

tarle, siquiera sea en testimonio de agradecimiento, al sujeto que tan excelente y humanitario servicio nos prestó; el cual no es otro que el conocido manzanillero que en los días más calurosos del verano se desgañita por esas calles pregonando: *¡Manzanilla fina de la Sierra y yerba é la sangre!* *¡Brótano macho pa el pelo!* La historia de su cojera es verdaderamente trágica y parece arrancada de una novela de aventuras, á lo Julio Verne.

Un día que se dedicaba al rudo trabajo de su *profesión*, de recoger manzanilla *fina*, haciéndolo por encima de los terribles tajos del Mulhacem, que caen sobre el sombrío y dantesco barranco de *Valdecasillas*, resbaló y desapareció en el abismo. El compañero que iba con él, lo tuvo por muerto, pues no cabía imaginar otra cosa, y bajó al pueblo de Güéjar á dar cuenta á la justicia de la desgracia. Debía ser á principios ó fines de vera-

no, pues los imponentes tajos estaban completamente cubiertos de nieve; ningún ser humano podía encontrar allí otra cosa que la muerte. El Juzgado de Güéjar, aunque creyera difícil la empresa, subió hasta las estribaciones de los tajos, á ver si encontraba el cadáver del infeliz manzanillero, y, con profundo estupor, lo hallaron todavía vivo, con una pierna rota, colgado en lo alto, entre la nieve.

Allí había pasado dos días y una noche, desangrándose por la pierna fracturada, en medio de aquella espantosa soledad, y con el terrible frío que inevitablemente sentiría. Durante esos días, que le parecerían eternos, no comió más que un mendrugo de pan que llevaba en el bolsillo; al olor de la sangre, acudieron las águilas y los buitres hambrientos; y debió la vida, aparte de su resistencia inaudita, al fiel compañero y defensor del hombre, á un perrillo que lo acompa-

ñaba, y que, resbalando por la nieve, llegó al lado de su amo, lo defendió de las acometidas de los buitres, y sin duda también, en aquella pavorosa noche de horribles sufrimientos, le prestó calor y consuelo.

Con cuerdas recogieron al *Diablillo*, que diablo se necesita ser para andar en tan malos pasos, y conducido á Güéjar, y después al hospital de Granada, curó de su pierna, y hoy anda por esas calles y por esa Sierra como si tal cosa, recogiendo y vendiendo sus aromáticas y salutíferas medicinas, de las cuales Sierra Nevada le ofrece inagotable y gratuito laboratorio.

Y como está vivo, él podrá atestiguar la exactitud de este verídico relato; así como de que nos condujo felizmente á la *Laguna de las Yeguas*, donde llegamos ya de noche, encontrando sólo de nuestros compañeros á D. Gregorio Fidel Fernández Osuna

y á D. Eduardo Cobos, amén del bondadoso cocinero Antonio. Y también atestiguará (y si no lo atestigua miente como un bellaco) que le dimos propina, y que se bebió unos tragos de vino más extensos que esta reseña, que por lo que veo, no va á ser muy corta.



VI

A los citados compañeros, que son excursionistas veteranos, y conocían el camino de la *Laguna*, les sorprendió la tormenta á pie y á la vanguardia de la expedición, y en vez de detenerse, como nosotros, á ver si pasaba el terrible chubasco, apretaron el paso, con la idea de refugiarse en la gruta ó en las oquedades que existen próximas á la expresada *Laguna de las Yeguas*.

Cuando los encontramos estaban

en un estado lastimoso, empapados de agua, tiritando de frío, y ocupados en buscar abrigo y mudarse de ropa.

La tempestad no había desaparecido; unas nubes se alejaban y otras venían, con más ó menos intervalo, á sustituirlas; llovía sin cesar y los relámpagos nos iluminaban casi constantemente. Con la luz verdosa de éstos se mezclaban los reflejos rojizos de una gran hoguera, que el buen Antonio, como hombre verdaderamente práctico (cocinero) había encendido enseguida, á fin de proporcionarnos algún calor, exterior é interior.

Nos refugiamos en los huecos de aquellos tajos cobrizos; pero este refugio era ilusorio; el agua, cayendo oblicua, nos azotaba con más furia entre las piedras, y el viento arrancaba de ellas extraños y pavorosos gemidos.

A ratos, me consolaba atizando la hoguera, que, avivada por el aire, de-

voraba las crujientes ramillas de los piornos, ó me entregaba al placer de la contemplación estética, único posible en aquellos momentos.



Picacho de Veleta

Aquella hondonada profunda, circundada de picos negruzcos, semejaba un anfiteatro; las muertas y oscuras aguas de la *Laguna*, brillaban con fatí-

dicos resplandores de inmenso espejo; sólo por un lado, en que la montaña forma una hendidura, para dejar paso al torrente que sale de aquélla, se abre el horizonte; pero aquel hueco, desde donde, durante el día, se ven las ondulaciones de la Sierra, descendiendo escalonada hasta la Vega de Granada, parecía entonces la boca de un abismo, de sombras intensísimas y fulguraciones siniestras; algo así como la decoración propia de una asamblea de titanes, que se reunieran en maldita conjura, para emprender una lucha formidable contra los cielos. Las chispas eléctricas no caían de lo alto, como casi siempre; se desprendían de abajo, desde las cumbres de los cerros, descargando la electricidad terrestre acumulada en ellos, ó de otras nubes más bajas, y cruzaban el espacio, como rápidos y ondulantes voladores; extrañas fosforescencias iluminaban de vez en cuando la cima de algún monte, dibu-

jando fantásticas siluetas de borrosos contornos, y la montaña encendida, recordaba con tan maravilloso espectáculo la sublime escena del Sinaí bíblico.

A todo esto las horas pasaban y nuestros demás compañeros no parecían. Su suerte nos inspiraba serios temores y verdadera preocupación.

Allí teníamos todas las caballerías, las tiendas de lona, las provisiones y abrigo. Se encontraban por lo tanto á pie, sin ningún auxilio, de noche, en medio de la Sierra. Al principio no dudamos que, hallándose entre ellos D. Alberto Álvarez de Cienfuegos, tan práctico conocedor de aquélla, y el simpático guía Julián, no podían dejar de llegar, de un momento á otro, al sitio convenido; mas, á medida que pasaban las horas y la noche avanzaba, esta misma consideración aumentaba nuestra inquietud, porque hacía más verosímil que la incomprensible

ausencia de nuestros compañeros, en tan deplorables condiciones, se debería á haberles ocurrido alguna terrible desgracia. Nosotros estábamos imposibilitados de prestarles ayuda, pues, con la profunda obscuridad de la noche y sin saber dónde pudieran hallarse, era una locura el pretender buscarlos.

El hombre, aun en las situaciones más difíciles, no se entrega completamente al pesimismo; así es, que después de muchos comentarios y cavilaciones sobre la *triste suerte* de nuestros compañeros, convinimos que también era posible que hubieran encontrado algún pastor ó nevero que les proporcionara abrigo, y que, convencidos de la imposibilidad de llegar al sitio donde nos hallábamos, debían haberse refugiado en alguna parte.

No era fácil desprenderse de la ansiosa curiosidad que nos inspiraban, pero como es preciso descansar en

alguna idea consoladora, convinimos que se hallarían á salvo... en cualquier sitio; y por ley natural de egoismo, nos pusimos á pensar en nuestra propia situación, que no era tampoco nada agradable, y en la mejor manera de pasar el resto de la noche. Permanecer á la intemperie, mojándose, en el hueco de una piedra, nos pareció inhumano; así es que determinamos plantar la tienda pequeña de lona, á pesar de las dificultades que ofrecía el hacerlo á aquella hora, y de la posibilidad de que el viento nos la arrebatara cuando menos lo esperábamos.

Pusimos manos á la obra con la decisión de héroes; empezamos á retirar algunas piedras para igualar siquiera someramente el pavimento y á desenrollar la engarabitada tela. Cobos, que conocía el mecanismo, se erigió en director, y los demás secundábamos sus órdenes con precisión y rapidez extraordinarias; el aire apagaba la linterna

y agitaba el lienzo de la tienda como si fuera la vela de un barco; la semejanza era extraordinaria; parecíamos intrépidos marinos corriendo un temporal: ¡Tirad de esa cuerda! ¡Sujetad el palo! ¡Amarrad el tirante! ¡Traed lastre! eran las frases que se oían. Y para que el parecido fuera mayor aún, el torrente de la *Laguna* semejaba á maravilla el rumor de las olas.

Al fin nuestra tienda quedó plantada. ¡Bravo! Ya teníamos donde meternos.

Entonces caímos en la cuenta de que era preciso cenar; la hora de la comida había pasado con exceso; desde el *inolvidable* almuerzo del *Dornajo* no habíamos probado bocado.

Fuí, en calidad de enviado extraordinario, á conferenciar con Antonio; éste tenía ya casi concluídas unas ricas sopas de ajo con huevos estrellados, amén de otro inverosímil guiso de tomate. El buen hombre se quejaba con

razón que el agua lo había calado de tal modo que le chorreaba ya por las carnes abajo; pero lo que más le preocupaba no era esto, ni la tormenta, felizmente en retirada, ni ninguno de los desagradables sucesos de aquella memorable tarde, sino la pérdida ó extravío de la mano del mortero, que no parecía por ninguna parte. Iba de acá para allá, registraba cajones, banastas y capachos con verdadera agitación, y no dejaba de exclamar: ¡Nada, nada, que no parece! ¡Está bueno! ¡Qué hacemos ahora!

—¿Pero, Antonio—le interrogué yo;— tan indispensable considera usted en estos momentos la mano del mortero?...

—¡Figúrese usted;— me contestó con la mayor ingenuidad,— como que no puedo echarle cominos á la sopa!...

Al oír esta contestación verdaderamente espartana, que implicaba un reconocimiento tan riguroso de sus

deberes, yo sentí impulsos de descubrirme ante aquel hombre, cuya serenidad helénica lo hubiera hecho digno, en otros tiempos, de figurar en las legiones de Epaminondas.



VII

QUE acosté creyéndome un Nansen, ó el protagonista de *Una invernada en los hielos*.

Aquella cena tiritando de frío, casi á obscuras, en un paraje tan imponente y solitario, tenía sin duda algo de deliciosa aventura. La incierta luz de la lumbre, que el viento apagaba con frecuencia, daba extrañas proporciones á nuestras figuras, envueltas en pesados abrigos, con el impermeable ó el pasamontañas calados

hasta los ojos; sin dejar de ser los que allí estábamos, personas pacíficas y sedentarias, las circunstancias nos imprimían cierto carácter épico.

Indudablemente los hombres ganan mucho elevándose á cierta altura; no se concibe á un Pelayo en los llanos de la Mancha, ni á Guzmán el Bueno á campo raso; nos sentíamos allí más grandes que en el café de Colón, y sin duda lo éramos, pues luchábamos con la Naturaleza, y en cierto modo la vencíamos; tal vez la grandiosidad de tan magnífico escenario se reflejaba en nosotros, que al fin y al cabo éramos en aquel sitio los únicos representantes de la especie humana.

Por modesto que uno sea, estas consideraciones no dejan de envanecer, y sabe Dios, por el camino de estos pensamientos á donde habríamos llegado, de no apretar el frío de un modo tan desesperante (debíamos tener una temperatura inferior á cero grados) que

nos obligó á meternos en la tienda más que de prisa, cerrándola herméticamente. Gracias al benéfico ponche que preparamos momentos antes de darnos las buenas noches, en sendos vasos de agua casi hirviendo, entramos en saludable reacción, y logramos conciliar el necesario sueño.

Éste, sin embargo, no podía ser tranquilo; las sacudidas de la tienda nos despertaban sobresaltados, y entonces el recuerdo de nuestros compañeros nos quitaba las ganas de dormir.

La tienda era la más pequeña de las dos que llevábamos, y con el cúmulo de abrigo que nos habíamos echado encima, hubo un momento en que llegué á sentir verdadera sofocación.

Abrí entonces una rendija de la lona, y asomé la cabeza.

¡La decoración había cambiado por completo! Una luz azulada y muy te-

nue, que bajaba de detrás de nosotros, y debía ser de la luna en menguante, iluminaba con claridad ideal y suavísima el vallecillo en que nos hallábamos, aquel anfiteatro, momentos antes tan obscuro y tempestuoso; profundo silencio había sucedido al rumor de la lluvia, y una ligera neblina se extendía, como imagen del reposo, sobre la dormida *Laguna*. Si no podíamos exclamar *post nubilla febus*, porque Febo tardaría aún en aparecer, allí estaban en cambio, en el despejado cielo, las estrellas, las púdicas vírgenes de la noche, siempre temblorosas... ¡El cielo estrellado! Espectáculo sublime, que nunca envejece. Si miráramos más al cielo seríamos mejores; la idea de lo infinito, entrando por los ojos, estremece al alma, y algo infinito parpadea también en ella, como la luz de los astros. La esperanza de la inmortalidad produce una emoción intensa y misteriosa, y derrama en el espíritu el

bálsamo de exquisita poesía, que inspiró á los grandes poetas místicos, á aquellas almas enamoradas de la verdad, que quizás despidan también luz, á distancias infinitas de la tierra, como la que escribió estos hermosos conceptos, aprendidos en las aulas:

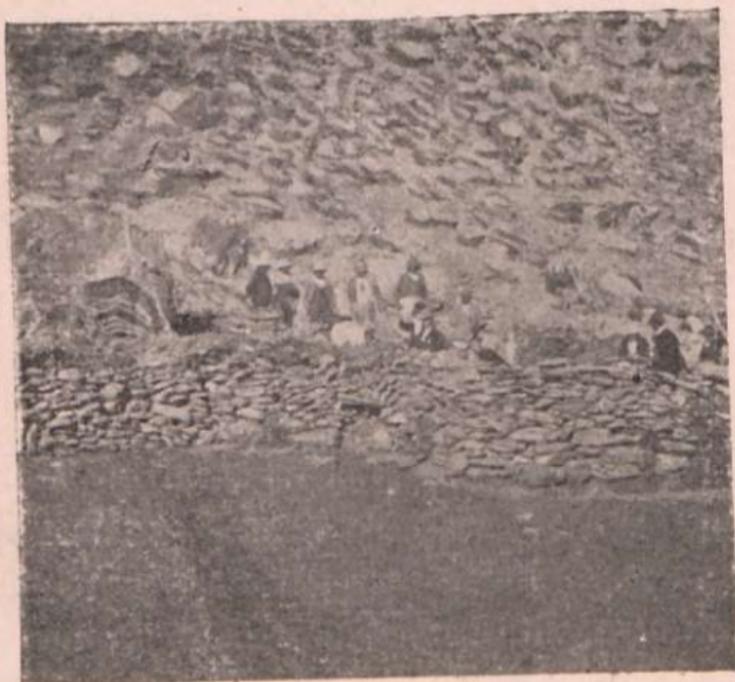
Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?
¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido? etc.

El frío y un estornudo que sentí á mis espaldas, me hicieron dejar el observatorio y volver á la tienda, que aunque no era cárcel, no dejaba de estar *baja y oscura...*

El día amaneció hermosísimo. Nuestra salida de la tienda fué alegre como la salida del sol. La *Laguna* semejaba una esmeralda gigantesca: su superficie, rizada por la brisa matutina, parecía sonreírnos dulcemente; los picos que teníamos más cerca se destacaban con relieve poderoso sobre el claro azul del cielo; y más allá, las blancas manchas de la nieve dibujaban caprichosas siluetas en las oscuras lomas. Todo el paisaje estaba saturado de humedad luminosa, como un cuadro recién barnizado ó una fotografía iluminada con vivos colores.

Las fatigas de la víspera habían desaparecido; con la luz vibrante de la mañana inundaban nuestro ser tonificante esperanza y animosa alegría.

¡Inolvidable paseo matutino! Las lejanías, celestes y brumosas, aparecían matizadas de delicadísimos tonos; el húmedo cesped ostentaba un intensí-



El refugio de «Praollar.o»

simo color verde, y el agua de las frías corrientes se desperezaba, al despertar, en cristalinos rumores...

Nuestro contento llegó á su colmo cuando vimos aparecer á D. Alberto y á Julián, y por ellos supimos que los demás expedicionarios, á pesar de haber sufrido graves molestias, se hallában sanos y salvos en *Praollano*.

La historia de sus aventuras daría materia, sin añadir un ápice de mi cuenta, para varios capítulos sensacionales. Pero esto sería el cuento de nunca acabar.

Resumamos, pues. La tempestad cogió al Sr. Cienfuegos, á su hijo don Antonio, y á D. Fermín Garrido, en la loma del *Cerro de los Cauchiles*. Descendieron de las caballerías, y buscando un punto más bajo de refugio, en medio de pavorosa lluvia de granizos y de exhalaciones, llegaron al hato de pastores, de que se hablará más adelante, donde se acogieron.

D. Fermín Garrido, impelido quizás por un choque eléctrico, cayó al suelo de improviso, alarmando á los demás,

aunque por fortuna no sufrió daño alguno.

El que más apurado se vió fué mi querido amigo y editor D. Paulino Ventura, que se encontró sólo con su fiel criado Antonio (a) *Tiznao*, permaneciendo al descubierto hasta que amagó algún tanto la tempestad; emprendió, sin embargo, aunque con gran trabajo, el camino de la *Laguna*, mas convencido de que no podía llegar, retrocedió, y después de una penosísima marcha por aquéllas ásperas soledades, ya de noche y perdido, tuvo la feliz suerte de ir á dar, sin saberlo, con la misma choza donde se hallaban los otros tres compañeros. Allí encontraron algún abrigo, y la luz de un candil; pero nada de comer. Por fin, después de muchos ruegos y dificultades, consiguieron del pastor que les vendiera una oveja, la cual fué incontinenti sacrificada y descuartizada, aplacando con uno de sus per-

niles, asado á fuego lento, el hambre de nuestros amigos.

Por donde se verá cómo la formidable tormenta de aquel día produjo al cabo una víctima, que fué la inocente oveja de *Praollano*.



VIII

El plan de la expedición era el siguiente. Instalar en la *Laguna* la casa portátil, construída en Granada bajo la dirección y planos de la Sociedad, y una vez constituído allí el centro de la expedición, verificar excursiones parciales al Mulhacem, Laguna de Río Seco, Veleta y otros puntos, llevando para hacer noche cuando fuese preciso, en los puntos de etapa, dos tiendas de campaña, una de cabida de diez personas, y otra pequeña para cuatro.

La casa, que es de hierro, madera y telas impermeables y metálicas, constituía el *clou* de la expedición, que iba á tratar de resolver, por primera vez, el problema de tener habitación sólida, permanente y cómoda, en las grandes alturas de la Sierra.

Nos levantamos, pues, el segundo día de expedición, con el deseo de proceder á la armadura é instalación de la casa, cuyas numerosas partes estaban amontonadas al borde mismo de la *Laguna*; los tableros, que, como dije al principio, se quedaron en Granada, por negarse los arrieros contratados á transportarlos, llegaron aquella mañana, á lomos de nuevas acémilas, conducidas por el simpático é indispensable guía Rafael.

Este hombre excepcional es el mago de Sierra Nevada, á la que conoce, sin exageración, palmo á palmo. Yo tuve ocasión de apreciar sus méritos el año noventa y uno, en que nos

acompañó en otra excursión inolvidable. Siempre sonriendo, sin cansarse jamás, insensible á los rigores del ca-



El guía Rafael

lor y del frío, va constantemente á la cabeza, sin hacer más observaciones que las oportunas y precisas. Y no es esto lo mejor, sino que cuando llegan, con los apetecidos momentos del descanso, las alegres comidas al aire libre, Rafael se echa una servilleta al hombro, y se convierte en el camarero más solícito y discreto que se pueda apetecer. Este guía es bastante conocido en el extranjero, pues las Revisitas alpinas de Francia y Alemania le han tributado grandes elogios. Un día fué llamado para prestar sus servicios á un alemanote que había venido á Granada sólo á visitar los altos picos de la Sierra. El extranjero miraba á Rafael de arriba abajo, con sorpresa y desconfianza.

—¿Usted *ser*—le preguntó—el guía Rafael López Rodríguez?

—Para servir á usted,—contestó éste.

—¡No es posible! Usted no pueda

tener resistencia para trabajar tanto. Es muy enclenque...

—Eso se verá luego,—agregó aquél modestamente.

Emprendieron enseguida el camino, los dos solos, á pie, para llegar al Veleta de un tirón.

El extranjero debía ser un alpinista formidable; no llevaba más equipaje que sus enormes botas ferradas, un chaquetón, donde guardaba latas de conservas y una botella de vino, y en la mano un *alpen-stock*. Tomaron los repechos del camino de los neveros, y anda que es tarde, Rafael siempre delante, sin más que su calabaza para el agua, la enmohecida escopeta de cazador de monteses, y sus piernas delgaduchas, dentro de unos pantalocillos de dril... ¡Y venga andar! Hasta que el alemán jadeante, sofocado, próximo á morir desfallecido, lo llamó á voces para decirle que no podía más, y que necesitaba descansar. El guía

granadino estaba vengado de las dudas que acerca de su resistencia concibió el alpinista extranjero; pero declaró que aquella expedición fué de las más rápidas que ha hecho, pues antes de las cuarenta y ocho horas estaban de regreso en Granada, después de haber visitado el Mulhacem y el Veleta.

Volvamos á nuestra reseña. Querían los amigos que habían quedado en *Praollano* que nos reuniéramos allí todos, pues siendo aquel sitio más bajo y despejado, podríamos pasar mejor la tormenta, en el caso probable de que ésta se repitiera. Nosotros opinábamos que debían subir ellos, y que habiendo amanecido un día tan hermoso, no era fácil que se reanudara el terrorífico espectáculo del día anterior.

El servicio de comunicaciones deja mucho que desear en la Sierra, así es que tuvimos que enviar un propio, que fué el *propio* Rafael, portador de

un atento y fraternal B. L. M. invitándoles á unirse á nosotros. Como la distancia que de ellos nos separaba era de hora y media, de malísimo camino, había que calcular en tres ó cuatro el tiempo preciso para que pudieran llegar, é inspirándonos compasión la idea de que tuvieran que estar atentos á la cebosa y ensangrentada oveja, les remitimos también algunas escogidas provisiones de nuestro pródigo almacén.

En tanto, nos dedicamos á explorar los alrededores de la *Laguna*, y á buscar puntos de vista. No tardamos en encontrar un magnífico nacimiento de aguas ferruginosas, de que ya alguno de nosotros tenía noticia, el cual brota en medio de una ligera pendiente, desde donde se descubre el panorama de la Sierra y la Vega granadina. Es inexplicable que en un sitio tan soberanamente hermoso como aquel en que nos hallábamos, de deli-

ciosa frescura, de sorprendentes bellezas, y de seguro remedio para muchas enfermedades, y en especial para la tuberculosis, no se le haya ocurrido á nadie construir una casa ú hotel, que aparte de lo que estimularía y facilitaría las expediciones á la Sierra, sería un magnífico sanatorio. Comparábamos aquella desamparada y agreste soledad con las descripciones de las cumbres alpinas, donde, entre los mismos glaciares de nieve, se levantan lujosos hoteles y humanitarios hospitales, y nos abochornábamos con pena, de nuestra pobreza y atraso. Quizás algún día se sorprendan las gentes de que, á fines del siglo XIX, sólo ocho ó diez personas, tachadas de extravagantes, subieran á visitar por curiosidad aquel tesoro de salud, teniendo que dormir sobre el suelo pedregoso y encharcado...

Vimos en esto una nubecita, tan pequeña y ligera como bocanada de

humo de cigarro; á los dos minutos erâ más grande que cuatro elefantes, y antes de los cinco se extendía sobre nosotros como un inmenso quitasol negruzco. Comprendimos entonces lo cuerdo de la invitación de nuestros compañeros de retaguardia, y determinamos salir de aquel embudo, y bajar á *Praollano*. La ventaja de la Sierra es que para ir á cualquier parte no hay que esperar el tren ni el coche, sino echar á andar, y así lo hicimos. Antes de llegar, caían gruesas gotas de lluvia, que chocaban entre los riscos como proyectiles; el cielo se había cubierto por todas partes de nubes negruzcas y enmarañadas, y á pesar de ser las diez ó las once de la mañana, parecía que estaba obscureciendo.

Tuvimos al fin el gusto de encontrar á los perdidos compañeros, y sin más tiempo que el preciso para los saludos de rúbrica, nos metimos todos en la gruta-choza de los pasto-

res, donde *cómodamente* sentados en el suelo, presenciamos la descarga de la segunda tormenta de esta serie, la cual ciertamente nada dejó que desear.



Campamento de Prado Llano

Allí, en aquel reducido espacio, cubierto de ramaje seco, por el que se filtraba el agua; iluminados nuestros

negros rostros por la lividez de los relámpagos, parecíamos una miserable tribu de hombres prehistóricos aterrorizados... que se entretenían en hacer y tomar excelente café, con no tan excelente cognac, y unos excelentísimos habanos debidos á la munificencia del Sr. Fernández Osuna.

Todo pasa en el mundo, y aquella horrible tormenta pasó también.

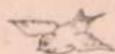
Trasladámonos, pues, á la tienda grande, plantada en el sitio más llano de aquella hermosa planicie, y poco después nos sentábamos á la mesa, en sentido propio, pues teníamos mesa (de campaña) y asientos (catrecillos de los que usan las mujeres en las iglesias); y todos los expedicionarios, reunidos por primera vez, hacíamos los honores á una soberana y monumental paella, que, sin adulación, podría competir con las de Siete Suelos.

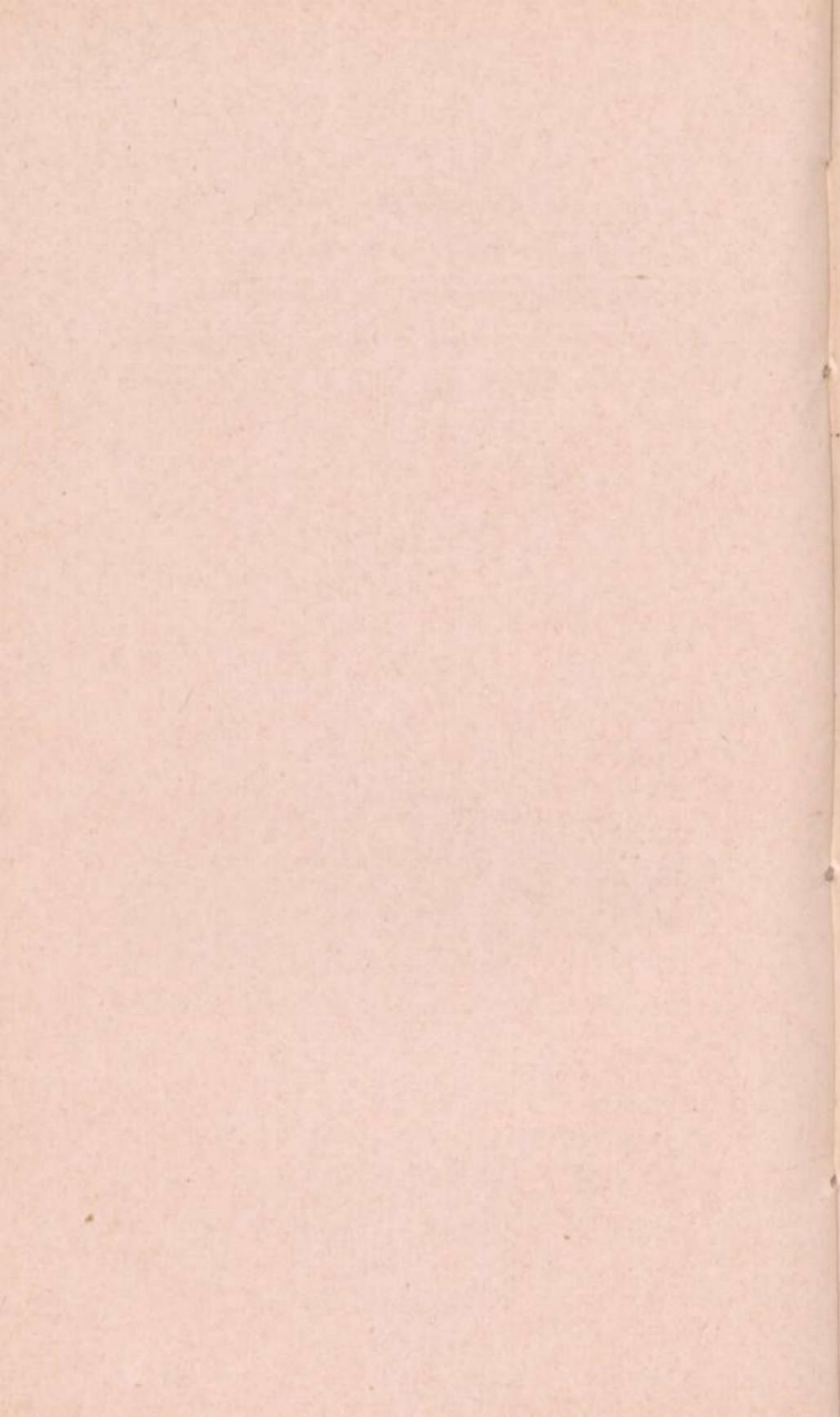
A los postres, la tienda vivamente iluminada *al giorno*, con velas de es-

perma que D. Fermín Garrido y yo nos habíamos entretenido en colocar en los sitios más convenientes, perfumada con las exquisitas evaporaciones del café y de los habanos, estaba animadísima. Las conversaciones eran vivas y los propósitos atrevidos y entusiastas. ¡Mañana al despuntar el día al *Corralillo*, después de construir en la *Laguna* nuestra casa!—decían algunos.

Por la puerta abierta de la tienda, sobre la negrura del cielo, á que ya nos íbamos acostumbrando, se deslizaba poético y silencioso el rebaño, que iba á buscar el descanso del redil, en la olímpica majestad de la noche; las blancas ovejas pasaban lentamente, cual borrosas imágenes de un sueño tranquilo; y detrás de ellas, como rojizo cuadro de Rembrandt, lanzaba sus chispas brillantes la hoguera recién encendida de los pastorcillos, que destacaban su obscura silueta en aquel

fondo de fuego, y reían y gozaban su cena frugal, aislados en el seno de la noche tempestuosa y oscura, con la indiferencia sublime de la pobreza resignada, que nada grande espera en el mundo...





ANTES de que nos acostáramos, vino un prudente pastor á anunciarnos que no saliéramos de la tienda, porque se quedaban los mastines sueltos durante la noche, para defender el ganado de las acometidas de los lobos, que merodeaban por aquellos contornos. Ellos, los pastores, no los lobos, habían decidido dejar la lumbre encendida, y estar con ojo avizor, pues era posible que, aprovechándose de la gran obscuridad y

del tiempo tempestuoso que reinaba, aquellos animalitos hicieron al ható una desagradable visita.

Cerca de allí, en los *Peñones de San*



Pastores y zagales.

Francisco, el guía nos había señalado el sitio donde tenía su madriguera una loba con cría, y era muy natural que

habiendo loba y lobitos, hubiera también un *paterfamilias*, y que aquella amante pareja tratara de proveerse del necesario sustento, con tanto mayor motivo, cuanto que casi se le metían por los ojos las ovejitas, tiernas y apetitosas.

Praollano, aunque no es prado ni llano, forma una meseta, al lado de un barranco, entre dos montañas grises. En el centro de la meseta se hallaba el redil; cerca de éste la choza de los pastores, construída al abrigo de una piedra; y algo más allá, y más próxima á las rocas, habíamos instalado nuestra tienda. Nos hallábamos, por tanto, al paso de los caninos, si éstos se decidían á bajar por aquel lado, precisamente el de su guarida; y si bien no era verosímil que acometieran, nos parecieron muy oportunas las precauciones de los pastores.

Ya me encontraba en la antesala del sueño, cuando sentí detrás de mi

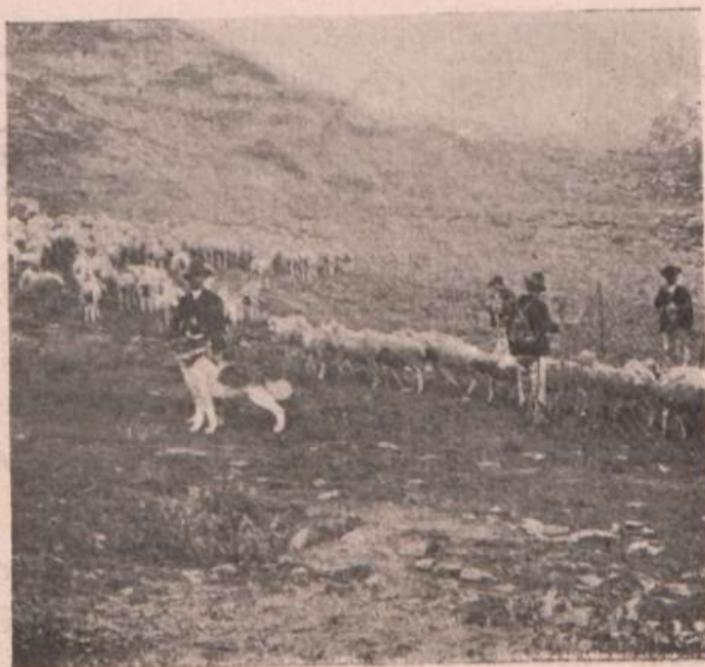
cabeza, casi en contacto con el lienzo de la tienda, unos pasos sigilosos, seguidos de ligeros resoplidos, y luego una de crujir huesos, que daba espanto. No sabía si aquel *ser* que estaba á mi lado era lobo ó mastín; lo único cierto era que devoraba los huesos como si fueran barretas, con sus furibundas mandíbulas, de las cuales mi cabeza no estaba separada más que por el leve espacio de una tela de lienzo. Por fin los pasos sigilosos, y aquel *dulce arrullo*, tan poco á propósito para conciliar el sueño, se fueron alejando, y todo quedó en silencio. Poco antes de amanecer nos despertó el imponente ladrido de los mastines; algunos creyeron que era llegado el caso de requerir las armas, y salir á la defensa de vidas y hacienda, pero otros no dieron señal de alarma, y siguieron en sus apacibles ronquidos. ¿A qué se debió aquel ruido? ¿Qué motivó aquel coro de mastines? Lo

ocurrido quedó envuelto en el misterio de la noche, que estaba obscura como boca de lobo, y ahora sí que viene bien la metáfora.

Por la mañana presenciarnos un poético cuadro. La salida del rebaño, que fué evacuando el redil con el orden y precisión de un ejército perfectamente organizado. A la tenue luz del amanecer, la nivea blancura de las ovejas parecía una oscilante nube; las más alegres brincaban de contento; otras se daban los buenos días con un balido prolongado y cariñoso, y casi todas apretaban el paso, y estiraban la cabeza, para respirar mejor el aire puro del día que empezaba; el fiel mastín, con la cabeza baja, como persona grave, no se daba prisa, y con paso lento, procuraba destacarse del grupo y colocarse en el sitio más estratégico, para encauzar y dirigir la marcha; y en fin, el pastor, con la cayada en la mano y el zurrón á la es-

paldá, desfilaba el último, tranquila y majestuosamente, con la pasividad de un estoico que cumple con su deber...

Los atrevidos madrugadores, que



Salida del ganado al amanecer

pensaron ir con el alba á armar la caseta en la *Laguna*, habían optado por dejarlo para después del almuer-

zo; pero he aquí, que no iría éste ni mediado, cuando se nos echaron encima las nubes precursoras de la tercera tormenta.

Broma pesada por demás era ésta, que apuró la paciencia de algunos é irritó sus nervios de tal modo, que en aquel punto y hora determinaron dar fin á la expedición, y regresar á Granada. Tratamos de disuadirlos, pero en vano; uno decía que había subido á la Sierra á pintar y divertirse, y no á pasar los días metido en un agujero, viendo caer rayos; otro agregaba que aquel espectáculo de las tormentas le parecía tan sublime, que no lo podía aguantar más; que con una serie de tres funciones se daban por satisfechos, y, en último resultado, que se iban porque les daba la gana. En vista de esta resuelta actitud, y de la inquietud que debían experimentar las familias con la persistencia de las tempestades, las cuales nos habían im-

pedido hacer las señales de aviso con bengalas y cohetes, en las horas y sitios convenidos, después de amplia discusión, se acordó emprender el regreso. Dióse á los muleros la orden de cargar, y todos, mohinos y cariacontecidos, empezamos á hacer los preparativos necesarios. Antonio Cienfuegos, como más joven, murmuraba en voz baja del acuerdo de la asamblea; y bien pronto formóse un núcleo de resistencia, que, como ocurre siempre en las colectividades, estalló de improviso é inopinadamente; y así como el ver á los Infantes subirse al coche que había de conducirlos á la frontera, levantó la viril protesta del pueblo de Madrid el dos de Mayo, así el ver subirse á Gerona y Cobos en los mulos que habían de llevarlos á Granada, hizo que algunos nos rebeláramos valientemente al grito de ¡No nos vamos!... Y si los atrevidos madrileños cortaron las correas del carrua-

je real, nosotros cortamos las sogas de nuestros equipajes, que ya estaban cargados.

Había también otro motivo para que nos quedáramos, y era esperar la llegada del número diez de los socios y expedicionarios, D. José Pérez de Andrade, el cual, desde el valle de Lecrín, atravesando la vertiente del río Dílar, debía unirse á nosotros, al tercer día de expedición. Algunos creían una temeridad que se atreviera, con aquel temporal, á escalar las crestas, pero otros que sabían su práctica de la Sierra, por ser cazador de monteses, no dudaban que cumpliría su palabra.

Así fué en efecto; pues, no había transcurrido una hora desde la marcha de los dos compañeros que en definitiva emprendieron el regreso á Granada, cuando oímos el grito de ¡Gente á la vista!, y por los altos picos que limitaban el horizonte al no-

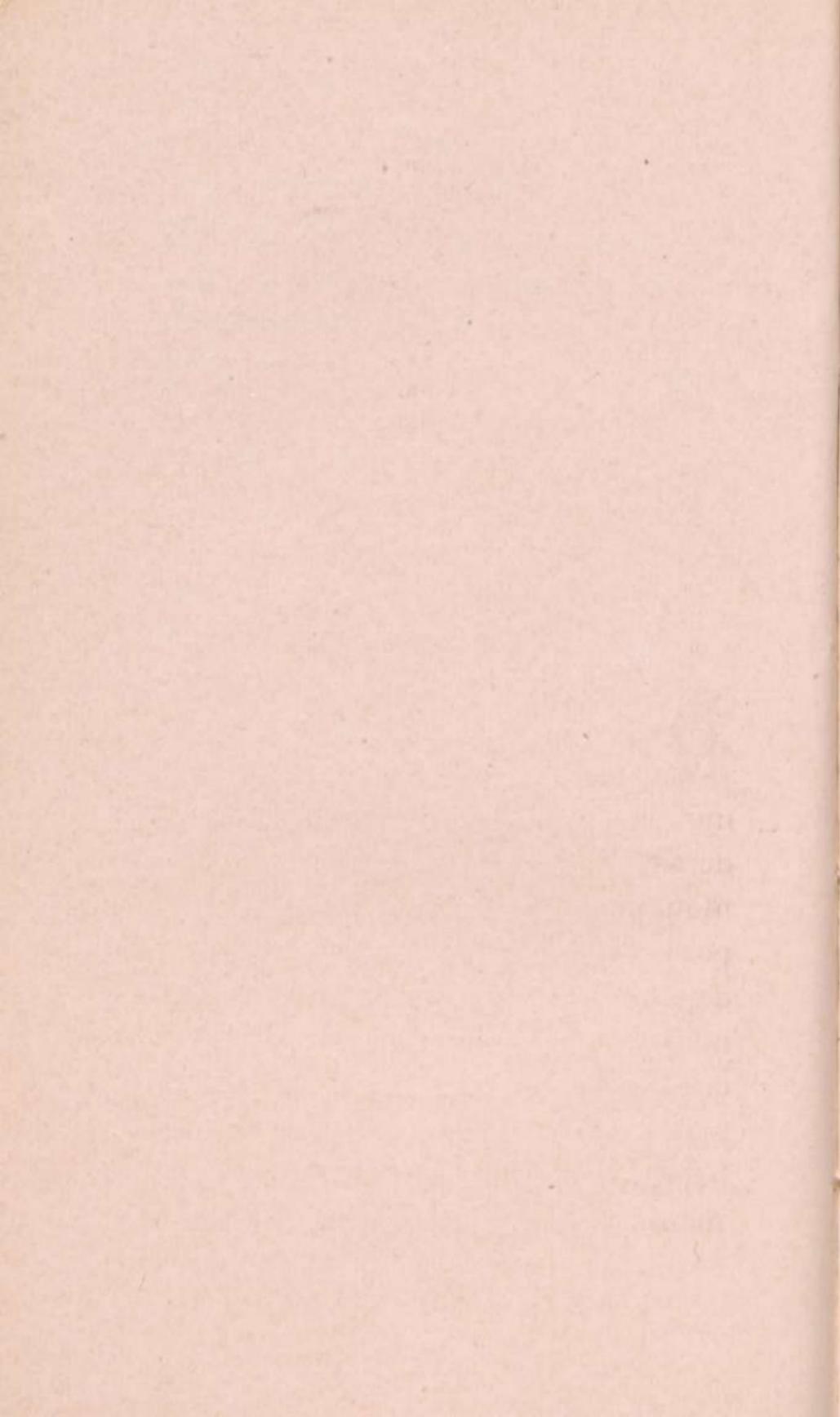
reste, vimos dos puntos movibles, que avanzaban. Eran Andrade y un criado suyo. Disparamos al aire los rifles, en honor de los viajeros, cuyos disparos fueron contestados en el acto, y un rato después llegaba aquél, caballero en una briosa yegua alazana, llevando un rifle á la espalda, un ancho sombrero de paja, altas botas de sierra, y un cuchillo al cinto, todo lo cual le daba aspecto de gaucho americano.

Los apretones de manos coincidieron con los primeros estampidos de la tormenta; y vuelta á meternos en la choza consabida, á cambiar impresiones, que no eran las más halagüeñas. Los elementos se conjuraban decididamente contra nosotros; el vendaval arrastraba, ya el granizo, ya la lluvia, en direcciones encontradas; los truenos retumbaban por todas partes, y las exhalaciones menudeaban en los picos cercanos. A mal tiempo buena cara, dice el refrán; pero ni este con-

suelo teníamos, porque nuestros rostros, ennegrecidos con la tizne del corcho que nos poníamos por las mañanas, á la hora del sol, y desteñidos luego por la lluvia, ofrecían un poco agradable aspecto.

Al obscurecer volvieron á renacer las esperanzas, que después, al día siguiente, se vieron defraudadas de nuevo, con la continuación del mal tiempo; y en vista de que no podíamos realizar nuestro itinerario, ni inaugurar la *casa social* en el sitio que teníamos pensado, resolvimos instalarla en *San Jerónimo*, y cambiar el rumbo de la expedición, visitando el célebre *Barranco de Benalcázar*.

De lo cual, así como de otras emociones más dulces y pintorescas, daré noticia al lector que tenga paciencia para llegar hasta el fin de este puntual relato.



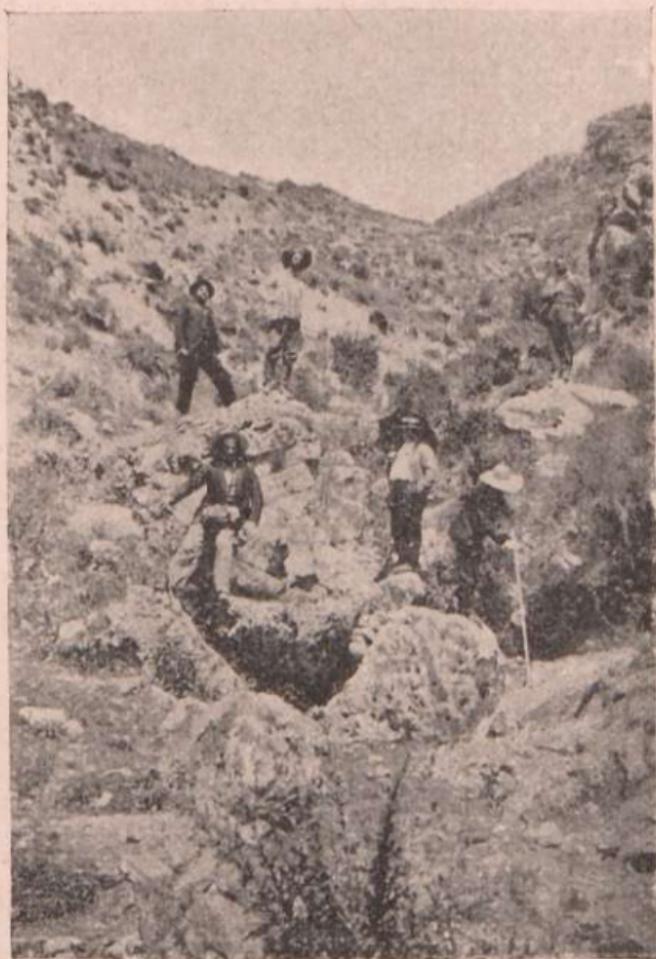
DE *Praollano á San Jerónimo*, el camino es accidentado y bellísimo. Hondos barrancos, estrechas laderas, horizontes recortados por la montaña ó abiertos sin límite, hasta perderse la vista en el espacio. Íbamos dejando atrás los colores grises y las masas negruzcas; en vez de planicies pizarrosas y pedregosos esquistos, aparecían lomas cuajadas de picados helechos y plateadas sabinas; los romeros y salvias perfumaban nuestros

pies con su perfume delicioso; en los huecos de las piedras azuladas asomaban las gencianas y orquídeas con inocente coquetería; innumerables y diminutas flores amarillas se estremecían en los ribazos, como si pretendieran levantar el vuelo, creyéndose mariposas; y la siniestra digital derramaba en la abrupta pendiente sus manchas purpúreas...

A veces delante de nuestros pasos se abría una hondonada inmensa, y teníamos que detenernos, no solo á contemplar el paisaje, sino á pensar por donde echaríamos; teníamos que subir y dar un rodeo, para luego bajar otra vez; y aunque los elementos decorativos eran los mismos, la decoración cambiaba á cada instante, como si estuviera girando un panorama inagotable, una inmensa paleta de revueltos y brillantes colores...

Al fin, entre el torrente de fuego que caía por encima de las nubes fugiti-

vas, vimos, allá en lo hondo, destacarse los tejados de color de carne del cortijo de *San Jerónimo*, que asoma-



Llegada á San Jerónimo

ban sonriendo cerca de la frescura apetecible y del brillo encantador de algunos árboles.

Quien no ha pasado varios días sin contemplar otro paisaje que masas inertes de piedra, no puede comprender toda la hermosura de los árboles, la intensa alegría que se experimenta al ver como

Del álamo las hojas plateadas

Mece adormido el viento...

Y todavía más que de los álamos, de mirar las ramas jugosas y las móviles hojas de los frutales, que parece que ríen y cantan el himno de la vida vegetal, el misterio de su vida...

Apretamos el paso; por encima del Picacho, de las crestas agudas que dejábamos á la espalda, se amontonaban las nubes negras y compactas que nos habían tenido prisioneros entre sus mallas; veíamoslas escalar el cielo con el empuje de sus senos henchidos, y, á

pesar de los malos ratos pasados los días anteriores, nos despedíamos de ellas sin encono, como enemigos vencidos que han podido apreciar toda la generosidad y grandeza del adversario.

En *San Jerónimo* encontramos frescura, descanso, y una acogida cariñosa. Sentados en las vetustas sillas de enea de la cocina, percibíamos el hábito fresco que salía de los tinados; delante de la puerta, en una placetilla empedrada, picoteaban los pollos de perdiz en fraternal consorcio con los de gallina; éstas cruzaban con majestuosa indiferencia, mirándonos de reojo, con sus ojillos dorados como topacios; más allá se extendía un trigo endeblizo y todavía verde, que, oscilando, parecía temblar de frío; la masa gris de la montaña que teníamos enfrente, cortándonos el horizonte, aparecía esmaltada por las ramas de los cerezos, en cuyo verde profundo bri-

llaban las cerezas como rubíes. Una húmeda jarra de barro colorado pasó de mano en mano, aplacando la sed con su agua fresquísima; y la contemplación de aquel sencillo cuadro, de tonos idílicos, nos saturaba de emoción suave y arrulladora.

Sobre la campana de la chimenea aparecían los grandes herrados para la leche, las rojizas calderas de cobre, las ennegrecidas sartenes, y los pintados barreños; sobre el platero se ostentaba abigarrada colección de platos, fuentes y jarros de variadas formas; aquella vajilla se había formado, sin duda, en el transcurso de muchos años, y cada uno de aquellos utensilios recordaba una fecha, un episodio de la vida; había platos planos y amarillos como soles moribundos, otros con adornos y paisajes de azul intenso, que sin saber por qué evocaban el recuerdo remoto y placentero de antiguas costumbres; otros blancos, esmaltados

de florecillas y guirnaldas, que parecían hechos para servir el almuerzo á dos recién casados; y no faltaban las botellas vacías, reliquias de alguna fiesta memorable, ni la verdosa redoma de vidrio, que trajo de la ciudad la ansiada medicina... Vieja imagen de litografía, ya amarillenta, adornaba las blancas paredes, y por la ventanilla entreabierta, entraba libremente el aire perfumado, dejando en la penumbra la enorme chimenea, en cuyo hogar, entonces frío, dos perezosos gatos extendían con fruición sus miembros, dormitando la siesta...

La vida de los cortijos de la Sierra ¡qué lejos está, estando tan cerca, de nuestras costumbres y de nuestra vida! Allí los días pasan en absoluto silencio, en completa soledad; solo se oye el mugir del viento en los barrancos nevados; la nieve lo cubre todo y entierra la casa; por todas partes su nítida blancura que deslumbra y ador-

mece en un sopor melancólico; los hombres bajan á remover la tierra de los bancales, y las mujeres pasan el día en la cocina, entre el humo de la chimenea; las tardes son cortas, las mañanas heladas, el sol apenas calienta; y siempre la misma decoración, los copos de nieve cayendo lentamente, en silencio... Por fin llega el deshielo; casi con los preludios de la primavera, aparece el verano; asoma la Sierra su enorme cuerpo gris, por los desgarrones de su deshecha camisa, y los imponentes tajos dejan ver sus cortaduras rojizas, que rápidamente se coronan con verdes penachos de tomillos y romeros; empiezan á verdear los raquítricos centenos de las laderas; las encinas se cubren de ropaje; los piornos extienden sus ramas de pólipo por entre las piedras; y mil clases de arbustos suben escalando la montaña desde los barrancos, con sus ramas punzadoras, al mismo

tiempo que zumban los coloreados insectos, y las mariposas bordan el azul del cielo con sus giros ondulantes...



Alrededores de San Jerónimo

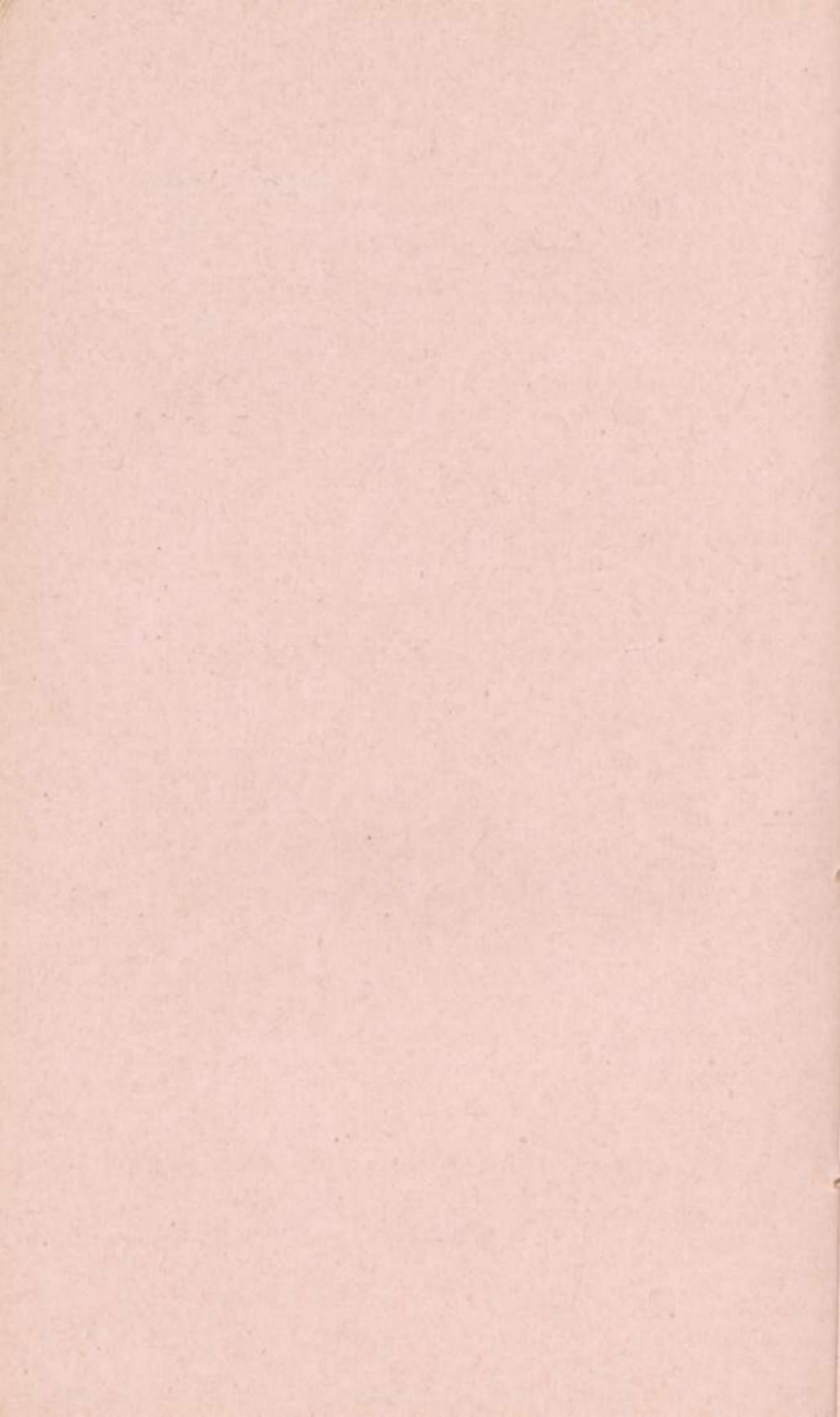
Aquella tarde disfrutamos de una comida tranquila, bajo un cielo hermoso y risueño. La entrada de la noche

no fué menos hermosa y magnífica. La mayor parte de las estrellas que según los astrónomos se pueden contemplar á simple vista, brillaban con toda su intensidad; algún aficionado se entretenía en señalar los sitios de las más importantes constelaciones; otros, siguiendo el rumbo de sus aficiones predilectas, hablaban de medicina; mientras otro grupo se enzarzaba en árduas cuestiones de sociología, saliendo á relucir—¡hasta allí, á aquella considerable altura!—el manoseado tema de nuestra regeneración... Sí, indudablemente; una nación que tenía tantas bellezas que admirar y tantas riquezas que explotar; una nación formada por el cruzamiento de las razas más viriles y más inteligentes del mundo; en cuya alma latina aportaron el torrente de sus energías germánicas los godos, y el río de su imaginación luminosa y sensual los árabes, no podía ni debía vivir arrumbada en la miseria y

en la ignorancia, retrocediendo ante el brutal puntapié de los yanquis; sino aspirar á ser el verbo de una cultura nueva, semejante á la helénica, desinteresada, idealista...

Y á todo esto, el torrente del Monachil resonaba bajo el tremendo *Tajo de las Palomas*, y las cerezas que se enredaban en la discusión no eran ficticias, sino reales, acabaditas de coger, rojas y frías, tan frías como un exquisito sorbete...





Al fin la Sociedad *Diez amigos*, inauguró su domicilio portátil, que nos tenía ya impacientes.

Aunque la estancia en la tienda de campaña ofrecía alguna comodidad, ésta era bien relativa, y no podía compararse con la que esperábamos tener en la casa social, sólida y permanente. Además, nuestros cuerpos, fatigados de dormir sobre la dura desigualdad del suelo, y de las acometidas de la

tempestad, reclamaban ya un más profundo descanso.

Ninguno dejó de ayudar á la construcción de aquélla; quién arrimando



Campamento en San Jerónimo

tableros, quién ajustando engranajes, pernos, chavetas, y otros detalles técnicos de que no puedo hacer memoria.

Con poco más de una hora de trabajo tuvimos casa sólida y resistente, según se verá después.

Describirla en detalle, así como las curiosas transformaciones que sufre para adaptarse á las diversas necesidades de sus habitantes ó vecinos, es cosa que no he de intentar.

Se inauguró, como es natural, con un solemne banquete, y la mesa profusamente iluminada, la blancura de los manteles, los detalles del servicio, la amplitud y comodidad que ofrece, nos hizo olvidar que estábamos en la Sierra, casi á dos mil metros de altura, y creernos transportados al comedor de un hotel. Antes de la hora de los brindis, pues no siempre se ha de seguir el ritual riguroso, los hubo muy elocuentes por la prosperidad de la Sociedad y por el incremento de las excursiones á Sierra Nevada, mucho más visitada por extranjeros que por españoles y granadinos; y si bien es

cierto que no hubo champagne que descorchar, no faltaron el selecto Jeréz, ni los exquisitos sorbetes, cuajados en la cercana nieve de los ventisqueros.

Algunos instantes después los comensales se convertían en mozos de cuerda, atrezistas y ayudas de cámara, á fin de convertir el comedor en alcoba, extendiendo las hamacas y haciendo las camas. ¡Oh suspirado descanso del blando lecho, que al fin íbamos á lograr, aunque á costa de grandes congojas y sobresaltos!...

Pero escrito estaba, sin duda, que la casa no se estrenara sin pasar nosotros y ella por las más duras pruebas, y aquella noche fué, con maravillosa y extraordinaria oportunidad, la que los ingenieros llaman de resistencia. No habíamos hecho más que meternos en la cama, unos en el piso bajo, sentina ó bodega, y otros sobre cubierta, es decir, sobre las hamacas ó pisos de arriba, cuando se desencade-

nó un violentísimo huracán. Empezó la casa á temblar desde sus cimientos, que por cierto no eran de cemento ni argamasa, sino de simples tirantes sobre piedras niveladas; las paredes crujían desesperadamente, como si se quejaran de aquellas furiosas acometidas, acompañadas del ruido del viento y del agua, que caía copiosamente. Allí podía ocurrir una de dos cosas: ó que rompiéndose el mecanismo que unía los numerosos tableros y partes de la casa, cayeran éstas, con el aditamento de hamacas, cuerdas, travesaños y tirantes sobre nosotros, ó que el viento la arrastrara entera, con todo su contenido, y nos echara á rodar por aquellas laderas.

— Señores, — dijo alguno, — lo que ocurre es providencial; pues si la casa resiste este vendaval, no hay duda que está bien construída y mejor armada.

Abandonarla é ir á buscar refugio

al cortijo de *San Jerónimo*, con la tremenda violencia del viento y la profunda obscuridad de la noche, era declararnos náufragos, y como echar mano á los botes y abandonar el casco, y por eso lo reservamos para el último trance, el cual quiso Dios que no llegara.

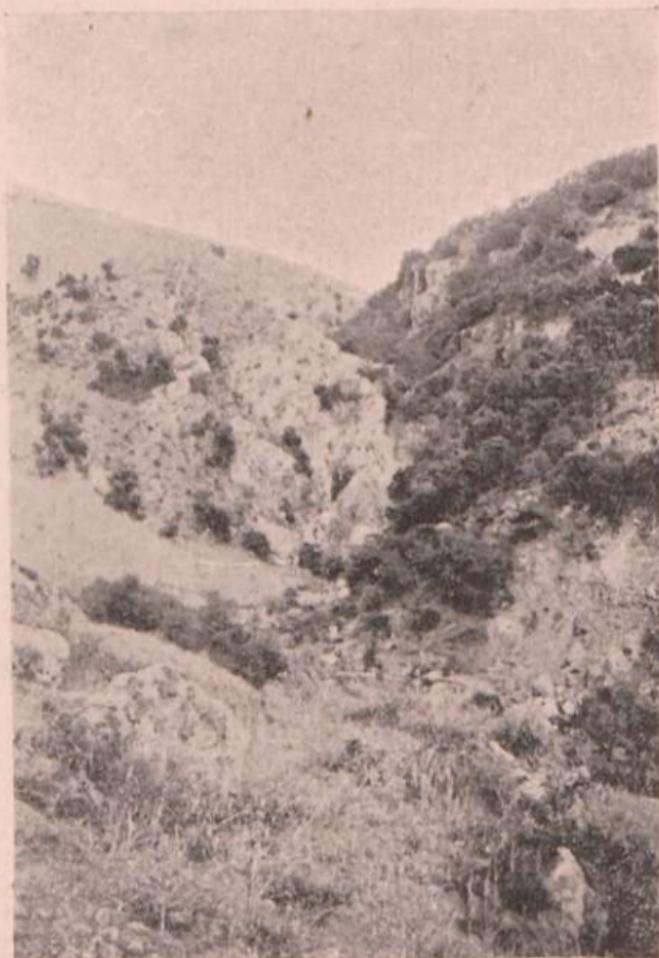
Uno de los vigías que estaban sobre cubierta, quiero decir sobre las hamacas, y que con frecuencia asomaba las narices por el ventanillo de observación, anunció que el viento cambiaba y su violencia empezaba á ceder, con cuya agradable noticia, y el mucho sueño que tenía, este fiel cronista declara que acabó por quedarse dormido.

¡Ahora sí que vendrían aquí bien unos bonitos versos de Garcilaso de la Vega, ó algún otro poeta selecto é idílico, para hacer sentir las alegres impresiones del despertar de los días serenos, la hermosura de aquellos pa-

rajes, la poesía de las salidas y puestas del sol, que no por ser espectáculos cotidianos, dejan de tener subido punto de belleza!...

La viva luz de la mañana nos deslumbraba los todavía adormilados ojos; la enorme masa de la montaña, henchida de gozo, parecía levantarse para contemplar las lejanías resplandecientes; á otro lado, los agudos picos, donde tenían sus nidos las águilas, se erguían como brazos que se desperezaban, dejando ver en los desgarramientos de su bronceada musculatura, la huella de horribles cataclismos geológicos; un poco más allá se alzaban las altas cumbres de la Sierra, destacando sobre todas el Veleta su afilada cabeza; á nuestro lado el terreno descendía en rápidas pendientes, surcadas de hendiduras profundas, con oasis cultivados de perfumantes habichuelas ó frescos maizales, entre los que asomaba su hombro hercúleo el *Tajo de*

las Palomas, queriendo contener, con fuerzas de titán, el resbalamiento de las tierras; y enfrente, al otro lado del



El Tajo de las Palomas

río, Benalcázar nos atraía con las frondosidades de su poético bosque...

Todas las mañanas, con los pulmones saturados de oxígeno, nos aseábamos en las frescas aguas de un arroyo, que en sus caídas y recodos formaba lavabos dignos de Diana; y casi siempre las frías abluciones en las cristalinan ondas, eran interrumpidas para contemplar respetuosamente el desfile de las amarillentas vacas, ó el paso del rebaño de saltadoras cabras, cuya riquísima leche, perfumada de romero, nos servía de desayuno, y bien merecía que le dedicáramos un tierno madrigal.

La vida ordenada de la casa imponía también ciertos hábitos de molicie; no éramos ya los rudos alpinistas en lucha con la naturaleza; ni nos teñíamos el rostro, ni escalábamos las cumbres con osadía inaudita; la civilización dulcifica las costumbres, y desde que tuvimos lecho blando y ciertas

comodidades urbanas, la vida fué más pacífica, las expediciones más cortas, y las aficiones más contemplativas; todo lo cual quizá se debiera al uso de las sábanas, por lo que creo no andaría muy descaminado el filósofo modernista que se dedicara á estudiar la influencia de éstas en el enervamiento de los caracteres.

Sin embargo, el descenso al barranco del Monachil no dejaba de ofrecer bastante trabajo y peligro, sobre todo al desfilar por el *Tajo*. Para cruzar aquella veredita al borde del precipicio, hay que tener los pies seguros y la cabeza firme. La proximidad del abismo tiene para ciertos temperamentos un misterioso encanto y una peligrosa seducción. La fábula de las sirenas, de cuyos insidiosos cantos, que atraían á segura perdición, logró desentenderse el prudente Ulises, tapándose con cera los oídos, no es más que un símbolo del atractivo que en

la naturaleza humana ejerce el peligro. Así es que, si no tapándose los oídos como Ulises, por lo menos dejando de mirar al fondo, convenía salvar aquel mal paso; lo cual demuestra también la poderosa influencia de la realidad, cuando ésta entra por la vía de los sentidos, y no por la reflexiva de la razón: allí, á dos pasos de nuestros pies, se extendía el insondable *Tajo*; un ligero resbalón podía lanzarnos en un momento á la eternidad, y nuestros músculos se estremecían con inevitable turbación; en cambio, ¡cuántos abismos no cruzamos todos los días, con la sonrisa de la despreocupación en los labios! La vida es un milagro fisiológico. Cada aspiración nuestra, cada sístole del corazón, cada idea grabada en las celdillas del cerebro, cada corriente nerviosa que transmite esta maravilla del pensamiento, es un ejercicio más difícil que el del más atrevido funámbulo. La imagen

de la vida podía ser como la de la fe: una hermosa joven, con los ojos vendados, que camina por estrechísimo sendero, al borde de la muerte...

Llegados al fondo del torrente, nos creíamos transportados á la Arcadia. El agua cristalina se derramaba en vistosas cascadas; las enormes piedras que obstruían el accidentado cauce formaban clarísimos lagos y pintorescas islitas, sembradas de juncos; en las vertientes se enredaban las zarzas y arbustos trepadores; el agua resonaba en los estrechos túneles de misteriosa sombra; y en el borde del altísimo tajo, como verde bandera de arrogante fortaleza, un frondoso árbol se lanzaba al espacio...



TODAS las bellezas de los alrededores de *San Jerónimo* no bastaban á borrar de nuestro ánimo de excursionistas, el deseo de hollar la cumbre del Veleta. El orgulloso titán nos había arrojado con cajas destempladas, pero nosotros no podíamos resignarnos á bajar á Granada sin dejarle nuestra tarjeta, pagando con la cortesía sus desdenes.

Cuando las nubes se alejaban, y lo contemplábamos, allá en lo alto,

tan orgulloso, nos parecía que nos desafiaba burlonamente, y no podíamos menos de dirigirle miradas rencorosas. Este reconcomio que nos dominaba á algunos, nos decidió á intentar, otra vez, el asalto.

Los más resueltos maduramos el plan por la noche, y dimos las órdenes oportunas para que estuviera todo dispuesto antes del amanecer, guía, arrieros y provisiones. La expedición sería penosa; decidimos subir de un tirón al Veleta, sin más descanso que el preciso para almorzar; contemplar la puesta del sol en el Picacho, dormir en el *Cortijillo*, sitio próximo á un maravilloso ventisquero, que se hunde por terribles despeñaderos en la vertiente mediterránea de la Sierra, y ofrece una meseta ó mirador magnífico, desde donde se ve el mar, y á la cual han bautizado por antonomasia los excursionistas granadinos con el nombre de *El Salón*; subiríamos otra

vez al Picacho á ver la salida del sol, y descenderíamos enseguida á *San Jerónimo*. Como el tiempo estaba variable y era verosímil que se repitieran las tormentas, nos juramentamos para no retroceder, aun á riesgo de la vida, y aunque cayeran chuzos de punta. Aquello era ya una cuestión de pundonor, una lucha á muerte con el altivo Veleta.

Hechos todos los preparativos nos acostamos, llenos de alegre ansiedad, deseosos de vernos ya en la región de las nieves perpétuas, contemplando

á un lado Europa
y al otro lado Stambul

y si no Stambul precisamente, el estrecho de Gibraltar y la costa africana, entre neblinas de fuego...

«La del aguardiente sería,» cuando el Sr. Fernández Osuna estaba ya dando sendos golpes en las paredes de la casa, y amenazando ¡oh crueldad!

con soltar las cuerdas de las hamacas, donde estábamos hechos un tronco los futuros héroes.

Pocos momentos después emprenden



Segundo intento de subida al Veleta

dimos la marcha, y el guía Rafael volvió á recobrar los prestigios de su profesión, obscurecidos en la vida se-

dentaria. Con su escopeta al hombro y la calabaza al cinto, y decidido á darnos gusto en economizar tiempo y buscar atajos, le seguimos denodadamente por aquellos cerros arriba.

La mañana estaba bastante fría; nubes blanquísimas cubrían el cielo por el noreste; apenas nos vimos en lo alto de una loma, cuyo nombre no recuerdo, ni ganas, empezamos á sufrir las acometidas del viento, que empezó á soplar incesantemente, como si saliera de la boca de un monstruo incansable. Confieso que nunca he presenciado un fenómeno igual: un viento constante, con igual intensidad, sin intervalo alguno de reposo. El aire se filtraba por las ropas, nos hacía cosquillas en la carne, y nos obligaba á bajar la cabeza y alzar los hombros. Los sombreros volaban, rompiendo los barbuquejos y cuerdas con que algunos se los ataron; había que llevar la cabeza descubierta ó atarse á ella

fuertemente un pañuelo. Sin embargo, ninguno chistaba, ni era fácil hablar, y aligerábamos el paso, con la esperanza de que el aire cesara siquiera un momento. Pero ¡que si quieres! cada vez apretaba más. El aire ya no me parecía un elemento, sino un genio, un dios contrario, el mismísimo Eolo en persona, que debía ser la más implacable y mal intencionada del mundo.

Nadie se quejaba, ni hacía comentario alguno; recordábamos nuestros compromisos de la víspera, y el amor propio nos daba paciencia para soportar aquella paliza inaguantable del viento. ¡Al Veleta, sea como sea, al Veleta, vivos ó muertos! pensábamos con los ojos cerrados y hechos un garabito. Y no cejábamos, no señor; atrás se quedaron las últimas raquílicas plantas, los arbustos sarmentosos, y los líquenes, que violentamente agitados silbaban como arpas eólicas (de Eolo, ¿lo ven ustedes?); entramos en las

lajas negruscas, volcadas en las pendientes como restos de un cataclismo reciente; algunas lagunillas verdosas, furiosamente agitadas, parecían pequeños mares encrespados, y sus diminutas olas, reflejando la claridad blanquizca del cielo, semejaban las escamas de un pez monstruoso, que se estremecía convulsivamente... Pasamos el *Peñón de San Francisco*, el enorme monolito, ennegrecido y rojizo, como un canto rodado enorme, arrojado allí desde otro planeta; cruzamos el *Callejón de los Diablos*, siniestro desfiladero, en la cresta misma de una montaña, formado por dos muros de lajas superpuestas, que dejan en medio un espacio estrechísimo por donde hay que pasar; aquellos muros, aquellas paredes negras, ¿son obra del acaso? ¿Son los hombres los que se entretuvieron en amontonar tan enorme cantidad de piedras, para dejar en medio tan estrecha vereda? Ni lo sé,

ni se me ha ocurrido preguntarlo hasta ahora; lo cierto es que este callejón sombrío hace pensar en crímenes terribles, y que mientras se pasa por él, las personas más risueñas tienen cara de víctimas ó asesinos.

¡Arriba! Ya estábamos á la vista de los panderones del Veleta... Pero no, no fué posible seguir. ¡*Ananke!* ¡Maldición! Los mulos con las orejas tiesas, con las patas rígidas, se negaban á andar, y resbalaban por la pendiente, violentamente arrastrados; nosotros con la cabeza aturdida, con los ojos sanguinolentos, y el cuerpo molido, sentíamos agotársenos las fuerzas; y por último, y esta fué la decisiva, el valeroso guía Rafael, que jamás retrocede, vino á decirnos que era imposible con aquel viento llegar á donde nos proponíamos, y que juzgaba lo más prudente, antes de que nos alejáramos más, y en vista de que no teníamos refugio, ni había que pensar

en poder armar la tienda de campaña que llevábamos, emprender el regreso á *San Jerónimo*, faldeando por la parte más baja, á fin de defendernos en



¡Arriba!

lo posible del aire. Este dictamen se fundaba no sólo en la violencia del viento, sino en su duración, que sería

de uno á tres días, porque «estaban puestas *las amolaeras*.»

Estas, según la explicación de Rafael, que vimos luego confirmada por varios pastores, son unas nubes redondas, en forma de piedras de amolar, que aparecen y permanecen inmóviles por el noreste, siendo indicio seguro de viento huracanado del sudoeste, que dura, generalmente, tres días.

Tras breve conciliábulo, no hubo más remedio que ceder ante la presión de las circunstancias, y de las *amolae-ras*, y emprender el regreso.

A nuestra llegada á *San Jerónimo*, vencidos y maltrechos, los sedentarios compañeros, que no habían querido acompañarnos, nos recibieron con música de pitos y cacerolas, que fué el irónico epílogo de nuestra fracasada excursión...

Al obscurecer, el viento había calmado, y entre las frías brumas de la noche, divisamos á lo lejos un tenue

resplandor, al mismo tiempo que llegaba hasta nosotros el apetecible y aromático olor del pan recién cocido... Era *la Anémica*, una honrada y bella muchacha del cercano cortijo, que hacía de panadera, de vestal en aquel horno aislado en la Sierra, como un templo erigido al dios... Pan.

Anémica la llamábamos por ignorar su nombre y por la palidez de su rostro, que sonreía con la triste expresión que imprimen las grandes soledades.

Tímida y silenciosa cruzaba aquellos contornos como una Galatea pensativa. Era una flor de la montaña, delicada como las que crecen en las ásperas laderas, siempre solas, sin más halago que el de las brisas, ni otras emociones que las de la naturaleza monótona y esquiva...

¡Allí también en la Sierra, en la región de las nieves, de la piedra y del sol, aparecía la mujer, lo femenino, eterna encarnación de la poesía!... Y

aquella esbelta serrana, que sonreía melancólicamente, iluminada por los reflejos dorados de la retama del horno, era más bella que la Sierra iluminada con los púrpúreos rayos del sol...



XIII

ENFRENTA de nuestra casa, en lo alto de espantable tajo de color de acero, había un nido de águilas.

Subir á él y descolgarse por el precipicio, atado á una cuerda, para sorprenderlas, era una empresa casi imposible.

En cambio la caza del águila era relativamente fácil, ofreciéndole presa, apostados en sitio conveniente; y una tarde, después de almorzar, nos lan-

zamos á los tajos con el decidido propósito de consumir un regicidio, si se ponía á tiro la reina de las aves.

Después de fatigosa ascensión, nos instalamos en una concavidad ó gruta, al borde de un peñasco; era un acechadero magnífico, que ofrecía hasta un muro natural para resguardar á los cazadores.

Toda la cuenca del Monachil se extendía ante los ojos, con sus profundos declives, á veces redondos y suaves, á veces cortados y violentos; por aquella inmensa hondonada, que formaba como el curso de un gran río en el espacio, esperábamos que cruzara el águila arrogante; la veríamos detenerse un momento enfrente de nosotros, fijarse en la apetitosa presa (una hermosa gallina que habíamos atado á una piedra) lanzarse sobre ella con la rapidez de un proyectil, y en el instante en que clavara sus afiladas garras en el cuerpo de la inocente

víctima, descargaríamos nuestras armas, dejándola ensangrentada y palpitante...

Mientras se realizaba tan interesante escena, estábamos de pie ó de rodillas, con el arma al brazo; el día era caluroso; pequeñas nubes blancas cruzaban el espacio, y la viva luz del sol arrancaba brillantes reflejos de los rifles y carabinas. El águila, en su cualidad de reina, se daba demasiada importancia; es verdad que no le habíamos pedido audiencia, pero la antesala era bastante incómoda, y se nos hacía muy pesada...

Después de dos horas de espera, aparecieron sus majestades... Eran dos... ¡Momentos de emoción!... Las águilas pasaron de largo, sin hacer el menor caso de la gallina, ni de nosotros...

En vista de esto, y de que no estábamos dispuestos á esperar otras dos horas, para que ocurriera probable-

mente lo mismo, decidimos... matar á la gallina.

Sonó el primer disparo, y nada; el segundo lo mismo, y así otros varios, hasta que uno, más certero, arrancó un doloroso cacareo y algunas plumas de la víctima; bajamos á recoger el cadáver, pero no había tal; aquélla sólo tenía una pequeña herida; ninguno se atrevió á ejercer de verdugo, retorciendo el pescuezo de aquel desventurado ser; volvimos á ponerlo de blanco, y ¡válgame Dios! la pluma se resiste á describir tan sangriento espectáculo; si los gatos dicen que tienen siete vidas, aquella pobre gallina, debía tener catorce, según lo que tardó en morir.

Yo que había ido en calidad de camillero, ó de la cruz roja, cargué con el cadáver, depositándolo piadosamente en manos del cocinero; pero recuerdo con remordimiento que contribuí á la muerte de la gallina, persiguiéndola

y cogiéndola, cuando al presentir, sin duda, su trágico fin se nos escapó por aquellos cerros; y todavía me parece sentir los latidos de su corazón, y ver la mirada de rabia de sus ojos brillantes como topacios...

La víspera de nuestro regreso se realizó la expedición á Benalcázar, que por ser, como esperamos, la impresión más grata y poética que lleváramos de la Sierra, la dejamos para la última.

Muy de mañana salimos con dirección á este célebre barranco, citado con gran encomio por Willkomm, el profesor Bide, Rute y otros expedicionarios nacionales y extranjeros, llevando las provisiones necesarias, con objeto de almorzar allí y pasar el resto del día. El viaje, hecho en caballerías, excusado es decir que fué delicioso; la loma opuesta á la en que teníamos instalado el campamento, era más pintoresca que ésta, casi toda cultivada,

y la parte que no lo estaba, poblada de bosque, el más frondoso, y tal vez único de las vertientes de la Sierra.



Camino de Benalcázar

Bien pronto dejamos atrás los sembrados de maiz, de patatas ó habichuelas, cruzados de caprichosas sangraduras para el riego de aquellas reducidas parcelas, ó la rústica cabaña, donde los pobres colonos guardaban su pegujar, y nos internamos en el bosque.

Cerca de la pequeña y fresca alameda y de rientes rampas de verdura, como escondidos jardines, hallábamos estrecha vereda, entre ásperos chopos y salvajes encinas; y siempre, al lado, los grandes declives del terreno, y los cortes de los profundos tajos.

Aumentaba nuestra admiración, á medida que entrábamos en el Barranco, el cual, cortando verticalmente la vertiente izquierda, desemboca en el río Monachíl. Hicimos el primer alto en una plaza circular, rodeada de grandes árboles.

—¡Magnífico! ¡Esto es mejor que la Alhambra! — exclamábamos. — Aquí se puede pasar un verano delicioso.

—El año que viene traigo á toda la familia.—Aquella vereda sería un paseo encantador.—Mire usted qué sitio tan á propósito para un hotel.—Allí se podría instalar un casino... Y ya creíamos ver toda la falda de Benalcázar poblada de casitas y de gente, disfrutando sus bellezas. En realidad aunque esto era soñar despiertos, nada de disparatado había en ello; pues si hubiera gusto, dinero y aficiones tranquilas ¡qué sitio más hermoso que aquél!

El nombre de Benalcázar me intrigaba, pues creía encontrar allí los restos de algún castillo morisco, ó de alguna interesante leyenda.

—Desengáñese usted,—me dijo José María, el mulero, que era de aquellos contornos;—aquí no hay ningún castillo, y este barranco es el que llamamos de *Manuel Casas*.

—¡Desilusión!—exclamé, casi indignado.—¡Va usted á tener el valor

de contradecir al célebre Willkomm, autor alemán el más acreditado de los que han hablado de Sierra Nevada, que llama á este barranco de Benalcázar, y lo mismo han hecho los demás, y el cual supone que aquí se refugió una tribu granadina, cuando la conquista de la ciudad! ¡Va usted á destruir, así porque sí, la poética leyenda que se podría escribir acerca de los *Beni-Alcázar* y de su famoso castillo, que si no ha existido debió existir aquí!... ¡Va á quitarle la poesía de la tradición á este hermoso sitio!...

—Lo que yo le digo á usted,—contestaba el José María imperturbable,—es que este es el barranco de *Manuel Casas*.

Con esta prosáica y contundente afirmación me dejó el hombre perplejo. Y no teniendo datos para resolver la cuestión etimológico-histórica, de si Willkomm poetizó el nombre del barranco, ó si lo de Manuel Casas es

una corrupción vulgar del legendario nombre morisco, la dejó intacta para que la ponga en claro algún erudito granadino.

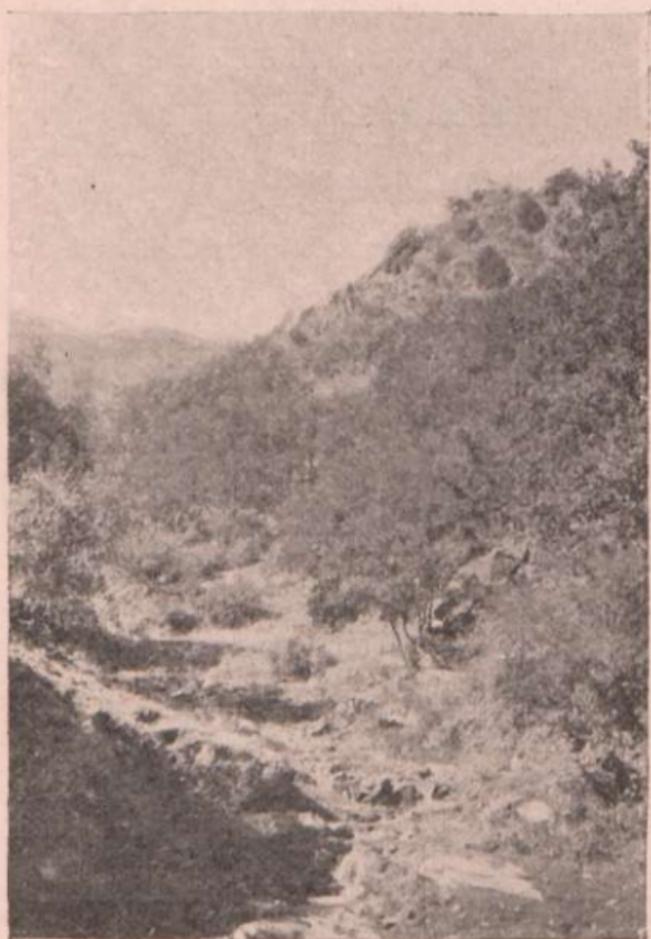
Pasamos el día en el pintoresco barranco, en idílica contemplación de la naturaleza, sin que por eso dejaran de cazar los aficionados, de entregarse á la lectura algunos, y de dormir la siesta casi todos.

Alguien llevó allí una novela francesa de un célebre autor modernista. La neurosis literaria vibraba en las páginas de aquella obra: una vida artificiosa, exaltada, con ideas y sensaciones profundas, pero inquietas, mortificantes y tristes, como todo lo anormal y extremado. Aquel arte refinado y doloroso era la antítesis humana de la naturaleza, saludable, espontánea, salvaje y luminosa que nos rodeaba...

—Voy á hacer un refresco,—dijo uno.

—Y yo á darme un baño,—añadió otro.

Entonces, recordando yo las repe-



Barranco de Benalcázar

tidas palabras de Cervantes, de que el sosiego, el lugar apacible, etcétera, hacen fecundas á las musas más estériles, pensé: Esta es la mía; y âgrégué resueltamente:

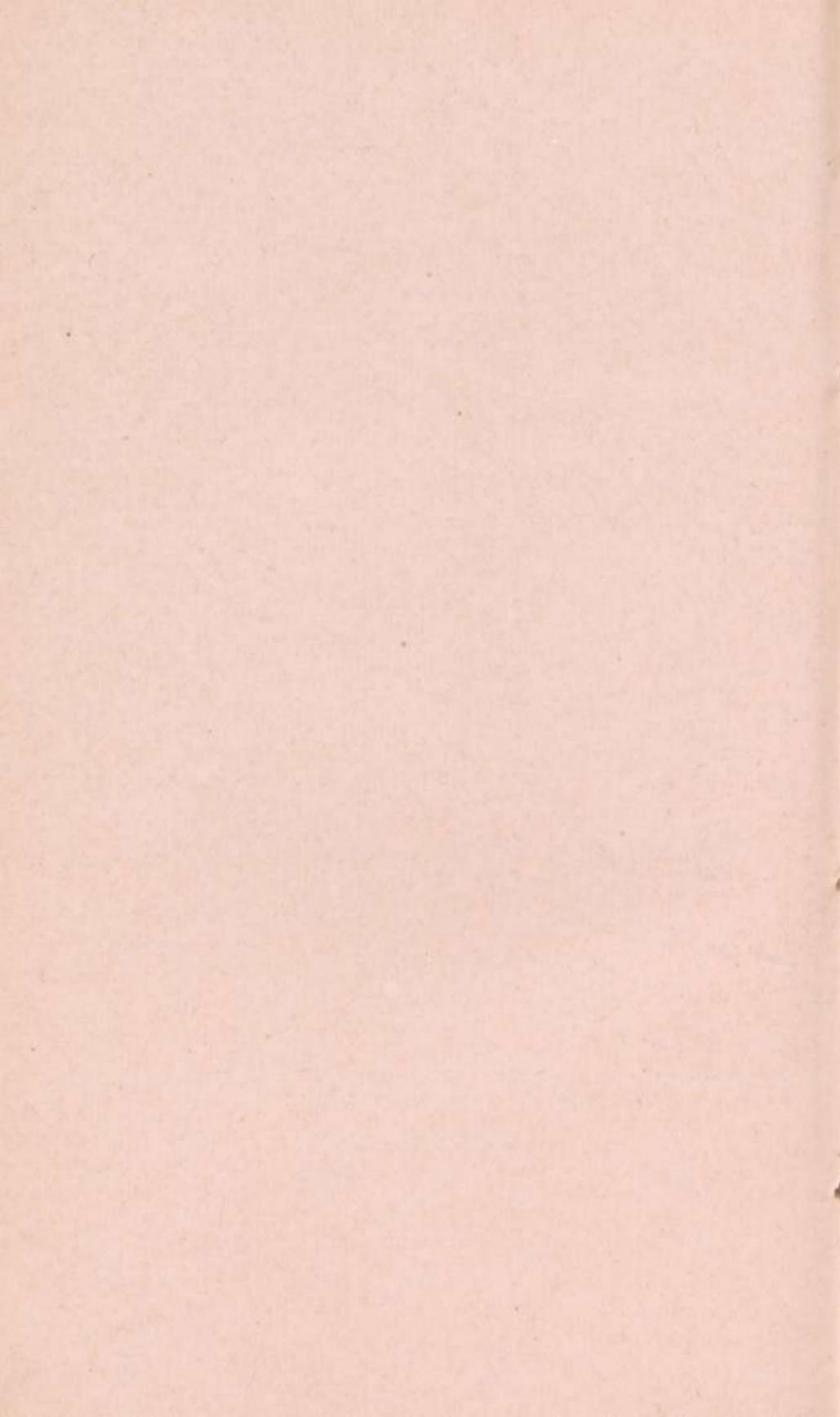
—Voy á hacer un romance.

Y, como lo hice, aquí lo pongo.

BENALCÁZAR

Barranco de Benalcázar,
Misterioso y solitario,
El agua de tus corrientes
Tiene cadencias de llanto,
Al descender de las cumbres
Y de los picos nevados
Del atrevido Veleta
Y el Mulhacem soberano;
Agua de blancas espumas,
Que, al saltar por los barrancos,
Va diciendo que es la nieve
De los glaciares y tajos.
En tí reina la poesía
Y el melancólico encanto
De los lugares desiertos,
Y de los mares lejanos.
Tú le ofreces al que llega

Grata frescura y descanso;
Que es muy dulce bajo un roble
Tupido, y en césped blando,
Dormirse, oyendo el arrullo
Del robledal centenario,
Donde anidan las palomas
De pecho tornasolado...
En tí los sueños despiertan
Y los cuentos legendarios,
De las princesas cautivas
Y los amantes tiranos;
Y hasta las ramas más bellas
De tus erguidos chaparros,
Semejan talles de virgen,
Ceñidos de fuertes brazos...
Quizás en tu bosque habiten
Todavía gnomos y magos;
Y quizás amante luna,
Al filtrar sus tenues rayos,
Sorprenda el cuerpo de nácar
De un hada en nocturno baño...
Barranco de Benalcázar
Misterioso y solitario,
¡Qué hermosa la vida fuera
Si se pasara soñando,
De la esperanza á la sombra
Por el amor arrullados!...



XIV

LAS despedidas tienen siempre algo profundamente melancólico, y la nuestra de aquellos sitios no podía sustraerse á esta instintiva ley del corazón.

Muy temprano, desmontamos la casa, almorzamos, menos alegres que otros días, bajo el frondoso cerezo, todavía cubierto de roja fruta, y emprendimos la marcha á pie.

Al alejarnos despacio nos despedía-

mos de todo: de los barrancos, de las cumbres, del tajo de las águilas, donde éstas graznaban todavía, de la poé-



Desarmando la Casa

tica fuente, de agua exquisita, bajo la gruta de punzadora hojarasca, de las gentes del cercano cortijo, y de la triste sonrisa de la Anémica...

Poco después nos hallamos, á pleno sol, subiendo tortuosas veredas, descendiendo á solitarias hondonadas, volviendo á subir para volver á bajar.

Al paso encontrábamos algún cortijillo miserable.

Una mujer con dos niños, tan hermosos como sucios, se entretenía en encalar los muros ennegrecidos de una pequeña cocina; aquellos niños apenas sabían hablar, su mirada era hosca y recelosa como de salvajes, se conocía que nuestra presencia los sorprendía y contrariaba, y sólo á fuerza de muchas preguntas pronunciaban alguna palabra.

¡Pobres gentes, aislados en aquellas alturas, disputando á la árida tierra un pedazo de pan endurecido!... ¡Tristes vidas, si no sentían una misteriosa

resignación, si alguna vez las mordía el áspid punzante de los deseos...

El guía nos condujo bordeando los imponentes tajos del *Cerrajón del Purche*.

Este itinerario nos obligaba á hacer una marcha difícil y muy peligrosa; pero, en cambio, á él debimos poder contemplar uno de los parajes más accidentados de la Sierra. Por el borde de aquella cuenca, de cortes perpendiculares y profundísimos, el paso nos parecía á cada momento impracticable y temíamos quedar atajados, suspendidos en medio del espacio. Era un camino de cabras entre despeñaderos, en los que crecían todas las plantas aromáticas de la Sierra, y se sentía con fuerza el paso de la brisa esquiva de la montaña.

Algunas veces veíamos destacarse enfrente fortalezas imaginarias, con torreones almenados, con murallas carcomidas, negras saeteras, y fosos

siniestros. La ilusión era perfecta: el castillo feudal de la edad media, con su mágico atractivo de poesía y barbarie; el que tantas veces han descrito los poetas; por fuera rudo y amenazador, por dentro ofreciendo la placidez de sus salones umbríos, de sus chimeneas enormes, de su bodega soñolienta, del camarín de la preciosa castellana, de grandes ojeras, siempre enamorada...

La visión se desvanecía enseguida, y el castillo eran cortaduras del terreno, rincones inaccesibles, que permanecían en perpétua soledad. La Sierra se nos ofrecía, en aquellas concavidades, quizás más interesante aún que en las cuerdas y lomas de sus grandes alturas; allí sentíamos todo su atractivo misterioso, la sensación íntima y de temor que produce lo sublime...

La rapidez que teníamos que llevar en la marcha, para llegar á Monachíl á la hora convenida, no nos dejaba

mucho tiempo para detenernos en estas impresiones; la jornada de este día fué la más larga y penosa de la excursión.

Los caminantes del desierto sufren las penalidades de la sed, del polvo y del calor; los de largas carreteras, la tristeza de la monotonía y los angustiosos efectos del cansancio muscular, rapidísimos en los caminos llanos; en cambio, los que atraviesan las cimas y barrancos de las altas montañas, no suelen experimentar cansancio, por lo variado del ejercicio, ni padecer de la sed, pues el agua de los ventisqueros les ataja el paso ó surge de oculta vena; el enemigo temible en la montaña es el sol, que quema como á través de una lente, y lo engañoso de las distancias, que hace sufrir terribles decepciones, pintando como próximas distancias muy remotas, y produciendo la desesperante impaciencia de creer que no se va á

llegar nunca, de que apenas se mueve uno del mismo sitio...

Más de una hora estuvimos viendo á Monachíl allá, en el fondo de una



De regreso

cañada, destacando la torre de su iglesia entre las casas apiñadas alrededor, y cada vez nos parecía que se

alejaba más, á pesar de que íbamos siempre buscándolo.

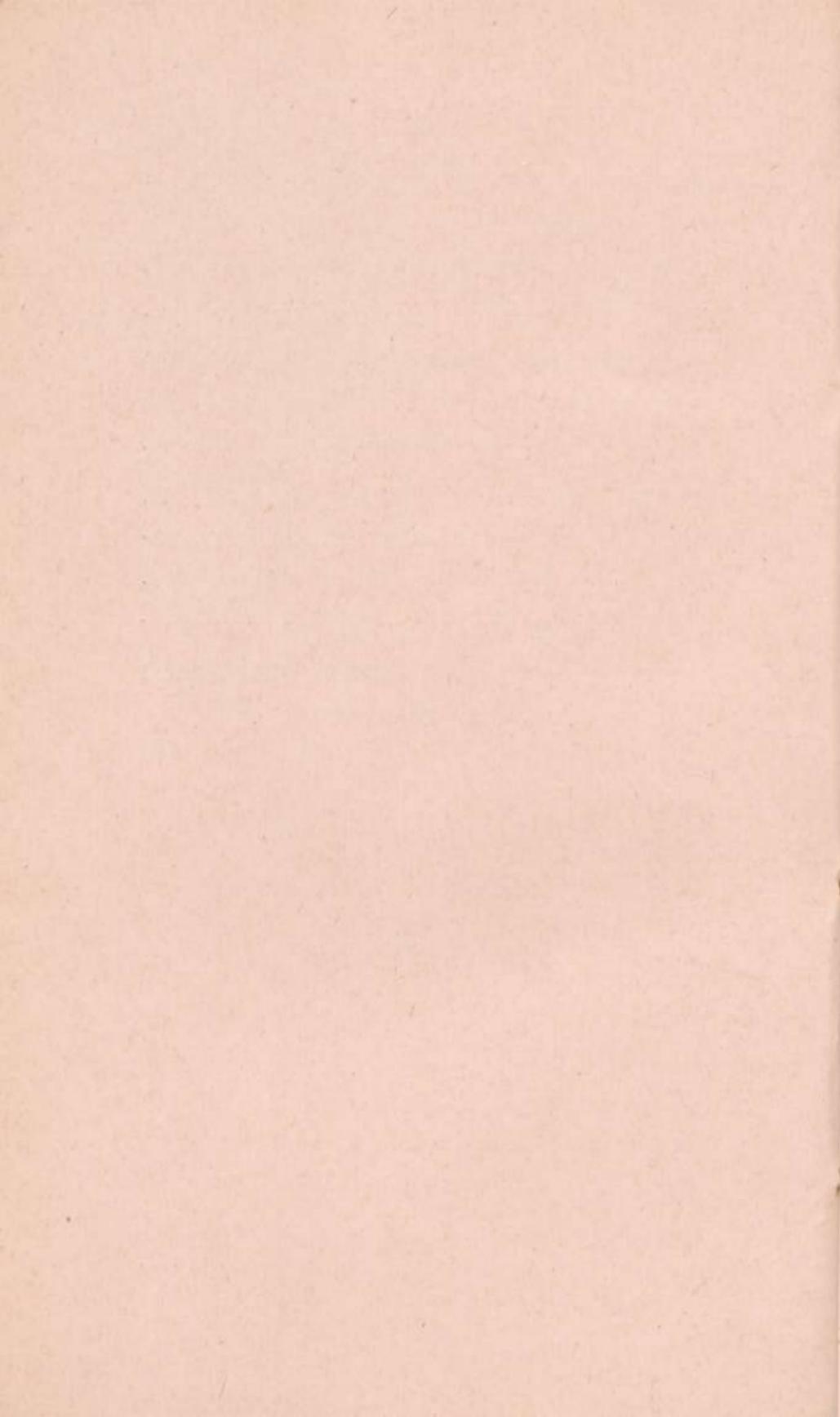
La decoración cambió al fin; dejamos las pendientes pedregosas y cruzamos la frontera de las tierras húmedas y esponjadas. ¡Qué hermosos los olivos! ¡Qué verdes y aromáticos los pámpanos! ¡Qué grata frescura se desprendía de las hazas labradas, de las mansas acequias de agua inmóvil! ¡Qué anchas y expeditas nos parecían las veredas y caminos!

Llegamos al pintoresco pueblo á las seis de la tarde; descansamos en la plaza breves momentos, y ocupamos enseguida el carruaje, que nos pareció mejor que un sleeping-car. Todavía nos quedaba otra emoción más que experimentar en esta accidentada excursión: á la salida del pueblo, al tomar la vuelta de una estrechísima calle, se rompió la lanza del coche; por fortuna, el desperfecto pudo arreglarse pronto, mientras con-

sumíamos los últimos restos de las provisiones.

Después cruzábamos el bello camino de Monachil y de Huétor; un borreguillo que traíamos de la Sierra balaba tristemente; y nosotros nos sentíamos también invadidos de melancolía, al despedirnos de aquélla, cuando la luz del crepúsculo granadino la enciende de rubor; y le perdonábamos su esquivez, como á mujer hermosa, cuyos desdenes ¡ay! atraen más que las blandas caricias...





POST SCRIPTUM

No quiero que el lector se quede ahora con el disgusto de no haber subido al Mulhacem y al Veleta, como me manifestaron algunos, al publicarse por primera vez la precedente crónica.

Así es, que voy á echar mano á los recuerdos de otra excursión, que tuvo lugar algunos años antes que la referida.

No es verdad eso de que por todas partes se va á Roma, ni al Picacho tampoco, pero una vez en la Sierra, *todo es camino*, y lo mismo da ir por un sitio que por otro, para llegar á los puntos culminantes.

En aquella ocasión subimos por el valle del Genil y cruzamos el pintoresco *Barranco de San Juan*, sembrado todo él, como es sabido, de verdinegros bloques de serpentina y fuimos á terminar la primera jornada en el cortijo minero de *La Estrella*, á la entrada del sombrío *Barranco del Gualnon*.

No olvidaré la impresión de aquella tarde. Era la primera vez que iba á la Sierra; llegamos al anochecer de un día de fines de Julio, con un frío terrible, que era para mí una *novedad* extraordinaria é inverosímil, en ese tiempo; al oír hablar de cortijo se piensa en tierras blandas, dominadas por el hombre, en ganados que entran

y salen, en la naturaleza solitaria, sí, pero fecundada por el trabajo; mas aquel cortijo lo formaban varias casitas construídas en medio de unos peñascales, en un desfiladero estrechísimo, frente al cual se levanta un inmenso telón de nieve, y encima el Veleta; es decir, la masa aquella obscura, enorme, que me dijeron que era el Veleta, porque en tal perspectiva jamás lo hubiera conocido. Las casas del cortijo eran dos ó tres, á derecha é izquierda, formando calle, una callecita estrecha, como el ocular de un antejo, que acababa allá en el glacial. A la escasa luz del obscurecer solo se veía la mate claridad de los ventisqueros, la negra silueta de la montaña, que parecía muy próxima, y un cielo muy claro, donde las estrellas titilaban sin cesar, temblando de frío, como nosotros, al mismo tiempo que oíamos el ruido infernal del Gualnón, despeñándose allí cerca, sin que

supieramos donde, por abismos ocultos en la sombra...

Esta primera impresión, trágica y dantesca, tuvo su compensación con la grata velada que pasamos, después de cenar, ante una gran chimenea, y con la sorpresa, única en los fastos de estas expediciones, de poder dormir en cama de acero, con colchón de muelles... ¡Todavía le estoy agradecido á la empresa extranjera, que vino á explotar los yacimientos de oro de nuestra Sierra, por la generosa hospitalidad de aquella noche!...

Fuimos al día siguiente, en asfixiante ascensión, al soberbio glacial del *Corral del Veleta*, sobre el cual se yergue éste, con arrogancias de monstruo. Lo teníamos allí, encima de nosotros, casi á nuestro alcance, y luego tardamos seis días en llegar á él. Verdad es que dimos una vuelta enorme, visitando antes el Mulhacem y la *Laguna de la Caldera*, que parece la

boca de un volcán apagado, un hoyo profundo, por donde asoma el agua inmóvil y verde...

No es cosa de que ahora, por vía de epílogo, les encaje á ustedes, piadosos lectores, el relato de otra excursión, que duró nueve ó diez días. Lo ofrecido es llevarlos al Mulhacem y al Picacho, y vamos andando.

Subimos primero á aquél, para lo cual tuvimos que pasar á la vertiente oriental ó alpujarreña de la Sierra. El momento de llegar á la divisoria, el instante en que, yendo caminando, sin tener por delante más que un terreno pedregoso, al dar un paso más, se descubre de pronto un panorama inmenso, la vertiente opuesta, la Alpujarra entera, que desciende hasta el mar... es otra impresión que deja huella.

El Mulhacem, por la loma alpujarreña es perfectamente accesible. Hasta la cima se puede ir en carro, desde

Pitres. La loma es arenosa, y tiene algo de desierto africano.

Hasta que se está en la misma cornisa del Mulhacem (3481 metros sobre el nivel del mar) no se ve nada. Y en el instante de llegar se ve todo...

Es un tajo inmenso, y la impresión que produce, ó al menos que á mí me produjo, es la de contemplar la tierra desde fuera de ella, en lo alto de un globo, ó desde otro planeta. En todo lo que abarcaba la vista, hasta el límite del horizonte, no se veían más que tierras áridas, montañas escalonadas, que iban descendiendo, como un oleaje de enormes olas grises... Entornando un poco los ojos, las montañas iluminadas por el sol, ofrecen un aspecto enteramente parecido á los paisajes lunares...

Aquel día disfrutamos también de un espectáculo extraordinario. Ver á los pies las nubes, una niebla densa, que se extendió formando un mar

blanquecino, que se perdía á lo lejos, hasta unirse con el cielo de intenso azul, donde el sol lucía con toda su fuerza, achicharrándonos.

En el Mulhacem encontramos todavía en pié los muros de las casas que construyó la Comisión geodésica, que hizo la triangulación con el Atlas, cuya cumbre se alcanza á ver desde allí, (con anteojos por supuesto) más allá del espacio azulado, que señalan las aguas del mar.

Pasamos en Mulhacem las horas de la tarde. Al despejarse la niebla, tuvimos el placer algo atrevido de acercarnos, con sumo cuidado, hasta sentarnos en el borde mismo del tajo. ¡Gran balcón, aquel que formaba la negruzca laja de piedra, avanzando en el espacio! Nos parecía, al vernos allí, que un titán nos tenía sobre la palma de la mano, suspendidos en medio del cielo...

—Allí está Granada, — dijo uno,

señalando un punto imperceptible.

—Sí;—añadió el inolvidable Barrecheguren;—mirad á Pepe (el Conserje del *Centro Artístico*) en la Plaza Nueva, hablando con la Bernarda (una modelo)...

Nos retiramos deprisa de aquel mirador, porque empezamos á sentir los espeluznos del vértigo. Pero al nombrar á Granada, recordamos que estábamos sobre la tumba del padre de Boabdil, según la leyenda. Y si no es verdad que allí repesan los huesos del Monarca, sí lo es que la redonda loma del Mulhacem semeja una inmensa tumba, la más soberbia que puede soñar un rey...

La subida al Veleta (3428 metros sobre el nivel del mar) la verificamos tres ó cuatro días después, desde el *Corralillo*, donde pasamos una noche de fuertes emociones y de gran helada (4 bajo cero), en la gruta de aspecto prehistórico, construída por una expe-

dición anterior, que había dirigido el Sr. Sabatel (D. Indalecio).

Para llegar al Picacho al despuntar el sol, y contemplar el espectáculo sin



El Picacho

igual de la lucha entre el día y la noche en la cumbre, es menester salir del Cortijillo á las tres de la mañana,

con el pasamontaña calado hasta las orejas y todo el abrigo que se pueda llevar. Lajas de piedra, que parecen enormes lápidas sepulcrales, se apiñan en montón caótico, como si en aquel momento hubieran cesado las tremendas convulsiones de los días genesiacos; la respiración es muy frecuente, y hay que ir despacio; subimos, subimos sin cesar, como por una escalera fatigosa lanzada fuera de la tierra, en el fondo negro del vacío; allí es, pensamos, vislumbrando una silueta sobre nuestras cabezas, pero no, aquella silueta se prolonga, se aleja... Más arriba... ¡Al fin llegamos!

Es la sensación del abismo la que se experimenta; el Pico está allí, agudo como una veleta en lo más alto de una catedral; nos parece que tenemos que cogernos á las piedras para que el aire no nos arrastre á lo hondo; á la derecha, por el sudeste, las lomas

son oscuras y redondas; es la Alpujarra, con sus sinuosidades y secretos moriscos, y más en lo hondo, el mar. Al frente, al este, se tiene debajo de los pies el abismo; no se atreve uno á mirar; pero se ve allá, muy bajo, la tierra, que se aleja, como la costra de un astro sin vida...

El mar se va iluminando; primero toma un color verde muy claro, que se esfuma entre neblinas blancas; luego se obscurece con matices de záfiro; y, de pronto, el sol asoma su cabeza en el agua, y la va sacando suavemente, como un dios que saliera del baño... Ya es de día, ya todo lo inunda la luz y el rubor de la mañana, por aquella parte; mas basta inclinarse un poco para ver, á la izquierda, la noche obscura, las estrellas, que brillan perpetuamente indiferentes, y la luna, que deja caer su luz triste sobre la tierra muerta...

El sol se eleva, y la Sierra va acor-

tando su inmenso cono de sombra,
hasta dejar al sol un pequeñísimo
punto blanco, que es Granada...

Entonces, lo mejor es darle los
buenos días, y bajar deprisa á tomar
café. Que es lo que nosotros hicimos.







